

LOS VIAJES DE NICANOR

LOS VIAJES DE NICANOR

EDUARDO DEL LLANO



Ediciones Extramuros,

Edición: Omar Perdomo
Diseño: Roberto Casanueva
Ilustración de cubierta: Yailín Pérez Zamora
Composición computarizada: Evelio Almeida Perdomo

© Eduardo del Llano, 2000
© Sobre la presente edición:
Ediciones Extramuros, 2000

ISBN 959-7020-59-9

EDICIONES EXTRAMUROS
Centro Provincial del Libro y la Literatura
Zanja # 732 e/ Hospital y Aramburu
Ciudad de La Habana

*A mi madre,
en sustitución del mamut que le debo.*

LOS VIAJES DE NICANOR

Me puse en marcha la víspera del nacimiento del milenio nuevo. El mundo no era ya un sitio confiable: no, al menos, la porción que conocía. Cada hecho, cada certeza devino un objeto de múltiples puntas, y por cualquiera de ellas podía ser aferrado. Sólo que ya nadie tenía deseos de esgrimir un hecho o una idea: la molicie y el pragmatismo cínico campeaban al fin del milenio. Asqueado, partí sin plan ni itinerario, deseoso tan sólo de que la nueva era me alcanzase en el camino.

Descreído de la línea recta, marché en espiral. Con los días fui comprobando que de esa única manera se consigue evadir el universo inservible que habitamos y alcanzar otro, diverso y latente.

Las páginas que siguen configuran el relato de mis andanzas en comarcas remotas. No pretenden, porque no lo hubo, un orden cronológico; cualquiera de los países descritos fue a la vez el primero y el último. Quien reproduzca mis pasos, entenderá; quien, de menguada osadía, prefiera quedarse en casa y leer la historia como una fábula, quizás encuentre en este milenio razones para llenarse de valor en el próximo.

Había una vez...

LA SECTA DE PROMETEO

El jeep se detuvo a cien metros escasos de la nívea barrera.

—Esa es la Niebla de Azúcar —dijo el guía— lo siento, pero no voy a arriesgarme más allá. Soy responsable del vehículo.

Comprendí que no valía la pena insistir. Deposité varias monedas de oro flamígero —oro de Ofir, había jurado el buhonero que me las diera en pago, días atrás, por una bolsita de polvo de cuernos de rinoceronte— en la ávida palma del chofer. El hombre me deseó suerte, e hizo recular el viejo Land Rover por la fangosa vereda, de vuelta a la aldea.

La cansina lluvia amainaba, como si también experimentara algún desasosiego en la linde del universo conocido. Pues eso era la Niebla de Azúcar, el perenne zumo sin mácula que parecía emigrado de la isla en que se adoraba al rey Kong. Más allá estaba la Tierra Incógnita, y en ella, si las consejas de los rústicos encerraban una brizna de verdad, el País imposible de los Magníficos. Admitir en la villa que tal era la meta que me había trazado, o en la liviana charla con el práctico, hubiera traído sobre mí el peso excesivo de la incredulidad y el recelo hostil; peor aún, de la conmisericordia. Así, no dije sino que deseaba contemplar de cerca la barrera y volverme luego a pie para calentar el

cuerpo en cualquier taberna del Confín. De esta manera conseguí pasar por imprudente, que no por loco de cuidado.

La tarde avanzaba. Largo había resultado el viaje desde la aldea, y más largo aún desde el día en que me propuse franquear el misterio blanquecino. Bueno, ya era tiempo. Antes de acceder a la valla de azúcar, medié la sobada caneca de aluminio, trofeo del Servicio Militar, en que hervía un basto ron casero. Chequeé el filo del cuchillo y las suelas de las botas, miré por última vez las huellas del jeep en el fango rojizo, suspiré y me encaminé al obstáculo.

La Niebla tenía el sabor y casi la consistencia del algodón azucarado, y como él, se adhería a las ropas, al cabello y la piel. No menos que los aldeanos, yo ignoraba el espesor de la barrera, de modo que me resigné a un dilatado tránsito, tanto mayor cuanto era preciso tantear con cautela antes de afincar el pie, no fuera a sumirme en un desfiladero intempestivo. A medida que avanzaba, fui descubriendo que la Niebla se coloreaba de un rosa suave, y el paladar acusó un tenue regusto de fresa sintética. De pronto deseé tragar un poco de aquella cosa, y la tentación fue creciendo hasta casi dominarme. Para conjurarla, pensé que equivalía al cántico de las sirenas, que la sustancia era una trampa como el loto que anula a los compañeros de Simbad. El terror venció a la gula inducida, y mantuve los labios apretados.

Mucho tiempo después, tenía el cuerpo pringoso como una golosina a medio licuar, y la mente vacía, y cada miembro me pesaba extrañamente, pero la valla de azúcar era un obstáculo vencido. Estaba de pie en una llanura herbosa que se dilataba hasta una línea baja y quebrada, justo encima del horizonte. A buen seguro, el remoto accidente sería la muralla que protegía de contaminaciones a los Magníficos.

El mundo más allá de la Niebla sabía muy poco de este pueblo. Se rumoraba que habían encontrado y pre-

servado la Perfección y que su monarca era un grifo de pasmosa envergadura. Los curiosos que se aventuraron a dar la espalda al Confín no regresaron jamás. Aún admitiendo que los Magníficos no desataban guerras ni mercaban con las naciones humanas, todos les temían, como se teme al misterio con que es fuerza convivir. Yo emprendí el viaje porque bien poco me importaba retornar a un universo que tampoco era el mío.

Pasé la noche en pleno descampado, a unos tres kilómetros de la muralla. Hubiera podido franquearlos con sólo dilatar un tanto mi empeño, pero juzgué sensato esperar al alba. Fatigado, dormí de un tirón, un bulto invisible entre dos islas de hierba. Debí visitar-me una legión de bestezuelas que llenó mis brazos de manchas purpúreas, pero nada sentí hasta que el sol me obligó a abrir los ojos. Gasté cosa de un minuto en rascarme y recordar quién era y dónde estaba; la visión del muro me ayudó a lograrlo.

A medida que me aproximaba a la pared almenada, fue invadiéndome una tranquilizadora sensación de **dejá vu**; yo conocía aquellos bloques desiguales, encajados unos en otros con tanta precisión que no se requería cemento alguno en las juntas. Los había visto en sueño o en una película, o através de un microscopio. No me sorprendió encontrar una puerta donde la busqué, ni la ausencia de guardia a su vera; ingresé al recinto de los Magníficos con la familiaridad de quien holla sus propios pasos.

Si la sabana alcanzaba el muro sin variar de fisonomía, traspuesta la barrera todo era distinto. La ciudad me propuso una mezcla de burgo medieval y aldea minera del Matto Grosso, de Siena y de favela, improbable sólo por sus dimensiones. Me detuve, desorientado, en el nacimiento de un bulevar.

—¿Eres nuevo? —me preguntó un individuo bien trajeado, que se apartó de la corriente de individuos bien trajeados que poblaba las aceras. Comía

spaghettis, y lo curioso era que los llevaba directamente en las manos, ahuecadas en remedo de escudilla.

—Acabo de llegar —dije con cautela.

—Claro —concedió— felicidades por haber resultado elegido. Te conduciré al Registro. Yo también me perdí, al principio.

Lo seguí hasta un edificio con aspecto de catedral barroca. El interior, en cambio, sugería la redacción de un periódico.

—Mesa trescientos veintiséis —indicó el guía. Fui hasta allá; un tipo bajito con cuatro brazos comía spaghetti detrás del escritorio, en tanto deslizaba un mouse al costado de un lujoso ordenador.

—¿Eres nuevo?

Esta vez dije que sí. El cuadrumano tecleó algo.

—Bienvenido. ¿Sitio de reclutamiento?

Pestañeé.

—¿De dónde eres? —insistió el funcionario.

—De muy lejos.

Se volvió para estudiar un mapa prendido a un caballete.

—¿Es muy lejos ese Muy Lejos?

—Muy lejos.

Insertó la información en la memoria de la máquina.

—Muéstrame tus heridas

—¿Cómo dice?

—No quieres compartirlas con nadie, ¿eh? Bravo.

Ahora escucha bien —tomó una tarjeta de un montoncito y me la entregó— está será tu identificación. Los deberes y derechos del ciudadano están impresos al dorso. Debes consultarlos tan a menudo como puedas, digamos, todas las mañanas. Suelen cambiar de un día para otro, ya sabes. Presentando la carta de identidad en los edificios con una gran C en la fachada, recibirás trescientos gramos de spaghetti tantas veces como desees. Eso sí, sólo trescientos gramos cada vez.

A la salida, advertí que el guía me estaba esperando.

— Salve, Magnífico —dijo con un énfasis particular, y me dio unos golpes en la espalda— ¿tienes hambre? Vamos a comer algo, y luego al teatro. Más tarde te llevaré a tu casa.

Me pareció un plan razonable, y le expresé mi conformidad. Marchamos por un laberinto que dudé llegar a aprenderme en mil años. Entramos a uno de los edificios marcados, y un individuo vació en mis manos una porción de pasta caliente.

—¿Por qué siempre spaghettis? —le pregunté a mi compañero.

— El país se asienta sobre una mina de pasta. Gracias a eso somos el único pueblo del mundo que no tiene que trabajar por la comida. De hecho debemos comer constantemente, porque el yacimiento es tan rico que el mineral en ocasiones bulle y sale a la superficie a través de pequeños volcanes.

— Y si sobra la comida, ¿por qué se distribuye en raciones de trescientos gramos?

— Es lo que un hombre puede sostener en las manos.

—Las manos, claro. Pero podrían usar platos.

—Entonces tendríamos que lavarlos.

En el teatro —un hemiciclo de inspiración griega, abarrotado— la obra ilustraba la historia de un viajero llegado por su propia voluntad al País de los Magníficos. La audiencia reía en gozosos jadeos colectivos.

—No entiendo qué les resulta gracioso ahí.

—Vamos —dijo el guía, sosteniéndose la tripa con dedos enchumbados en salsa de tomate— ¿crees que alguien podría llegar aquí de ese modo? ¿Crees que el Águila lo permitiría?

Estuve a punto de replicar que a mí me lo había permitido, pero lo pensé mejor.

La casa que me fuera destinada —las señas figuraban en la carta de identidad— tenía ya una inquilina, una mujer hermosa, de grandes pechos. Rodríguez, el

guía, hizo mutis luego de prometer que vendría a buscarme con las primeras luces. La mujer me preguntó si deseaba salir a comer spaghettis. Dije que no, y me acosté para evitar malentendidos. Esto provocó uno, pues ella se tendió a mi lado y empezó a hacerme el amor con absoluta naturalidad. Me inflamé enseguida, y pasamos la noche en deleitosos escarceos, que mi negativa a quitarme la ropa limitó sólo parcialmente.

La certeza de estar regresando a un país conocido no me abandonaba, y en los días que siguieron, a medida que fui comprendiendo el metabolismo de la sociedad Magnífica, dio en asentarse y ramificarse. Al principio fueron ángulos y detalles, y sensaciones; luego empecé a prever algunos sucesos, como si la historia misma se reciclara. Sin embargo, se trataba siempre de fragmentos aislados, coexistiendo con otros que me eran del todo extraños, como si mi experiencia se refiriera a un módulo y no a esta reproducción concreta. El Águila, por ejemplo, resultaba para mí un arcano absolutamente inédito.

El gran pájaro vivía en la ciudad, pero nadie podía jactarse de conocer el emplazamiento de su nido, el escondrijo en que desaparecía la mayor parte del tiempo. Sus revelaciones no seguían horarios pausibles; de pronto surcaba el cielo y sobrevolaba la Niebla de Azúcar, para regresar trayendo entre las garras un nuevo candidato a Magnífico. Así había sido siempre; las heridas causadas por las uñas del monstruo eran el orgullo de los elegidos, y muchos preferían dejarlas cicatrizar sin ayuda de los físicos para ganar marcas indelebles. Pues ser capturado por el Águila, el fabuloso grifo de que me hablaban en la aldea del Confín, constituía signo indiscutido de virtud. La distinción implicaba, a cambio, un sacrificio: no salir jamás del territorio que delimitaban las murallas, no mezclarse con las razas degeneradas que bullían al otro lado de la Niebla.

La sociedad Magnífica tenía buenos motivos para enorgullecerse. Garantizada la subsistencia por la mina

inagotable sobre la que estaba enclavada, la ciudad era un emporio de salud, justicia y cultura. No conocían las guerras ni la desigualdad, la ignorancia o los vicios del cuerpo y el espíritu. Los tabúes sexuales o clasistas no pasaban de leyenda, y leyenda aborrecida. Cualquier Magnífico podía ser elegido para gobernar una barriada o un distrito, e incluso para la alcaldía: el Águila no ejercía un poder visible, y su único cometido era seleccionar nuevos candidatos. Debió ser ella quien edificara la ciudad y trazara las leyes básicas, pero no agobiaba a los elegidos con tributos ni exigía muestras humillantes de respeto. Dentro del País, los Magníficos eran libres y todopoderosos.

¿Una secta feliz, una casta sobrehumana? Los deberes, como fui comprobando según revisaba mi tarjeta, eran recios y perentorios, los derechos mudaban sin compensación y la legalidad se había reducido a un par de axiomas fundamentales, pero servía de consuelo la comprobación de la prosperidad colectiva. Algunos ciudadanos mutaron luego de particular entrega a su profesión —ejemplo vivo sería el funcionario de cuatro brazos— pero se trató siempre de elecciones individuales, indiscutidas. La vida en la urbe se deslizaba apacible y hermosa.

Yo no tenía respuesta para el misterio de mi llegada. Todos creían que las ropas ocultaban el relieve marcado en mi carne por el Águila, que yo era un Magnífico corriente. Rodríguez y la mujer que calentaba mi lecho hacían frecuentes referencias al orgullo que debía embargarme, y ella tomó mi resistencia a desnudarme durante nuestros fornicios como una faceta de mi libertad individual en la que no era de buen tono inmiscuirse.

Había transcurrido un mes cuando se inició la catástrofe. Yo me sentía un Magnífico cabal, y hubiera meditado seriamente acerca de la perspectiva de acabar mis días en la ciudad, salvo por un detalle que poco a poco dejó de serlo. Mi admiración por el sistema di-

señado por el Águila se resquebrajaba en el aspecto gastronómico. Dicho de otro modo, a los quince días los spaghettis sencillamente no me bajaban.

Desde que encontré cerdos y gallinas hozando y picoteando en plazas y pasajes, la gula me hizo trastabillar. Una mañana, incapaz de tolerar por más tiempo la dieta de pastas, cercené de un golpe la cabeza de un marrano y freí un par de trozos en su propia grasa. El banquete se vio amargado por mi detención inmediata. Fue el propio Rodríguez quien dirigió la escuadra de ciudadanos arrabiados.

—No puedes alegar desconocimiento —me dijeron—, lee, lee tu tarjeta. Pone “el ciudadano tiene en las venas la savia de la tierra”. La savia de la tierra es la pasta de la mina. Un cerdo es un accidente, y escaparía si no fuera demasiado estúpido para inteligir que hay salidas en la muralla.

—Es un enunciado un tanto metafórico para una ley —observé, pero nadie quiso escucharme. Lo cierto era que durante más de una semana la frase no se había movido de la tarjeta. Fui juzgado y condenado. Creí que me expulsarían, pero la sentencia hablaba de privarme de spaghettis —y, se entiende, de cualquier otro alimento— durante seis días y seis noches.

Después del tercer día rogué clemencia. Al quinto, lloré y me arrastré como un perro enfermo. Mis carceleros se mostraron inflexibles. No pude salir de la casa hasta el séptimo amanecer, cuando trescientos gramos de spaghettis se me antojaban un manjar olímpico. Comí, y pocas veces habríase empleado el símil con mayor justeza, como un cerdo. Esa noche soñé que franqueaba la puerta hacia la llanura, y en el sueño supe que se trataba de algo que había ocurrido antes y muy pronto volvería a intentar.

Rodríguez dejó de visitarme, y la mujer abandonó la casa, aunque todavía acudió algunas noches. Para no malgastar la soledad, me dediqué a reflexionar en el modo de irme a otras tierras con un menú variado. El

día de mi llegada no había guardias en la puerta, quizás no los hubiera aún. Por otra parte, un ex-convicto como yo sería seguramente vigilado. La duda me atormentaba. Una noche, asqueado de atufar a porquerías harinosas, tomé un baño y me adormecí desnudo. Me despertaron unos gritos. La mujer había regresado y acababa de descubrir que yo no era un elegido del Águila. Antes de que saliera a delatarme, afronté el único camino posible: un golpe asestado con saña proporcional a su complexión logró desvanecerla. Me vestí de prisa. Exhumé la caneca —escondida desde el primer día, pues los Magníficos consideraban el consumo de alcoholes entre los vicios más reprobables— y gasté en darme ánimos los pocos sorbos de ron que aún guardaba. Entonces busqué la noche y me escurrí en dirección a la muralla.

Todo resultó impensadamente fácil. Nadie me detuvo, y media hora más tarde corría por la llanura. Para meditar y sacar conclusiones estaba el mundo más allá de la Niebla; a la sazón no me obsedía otra cosa que la insuficiente distancia que me separaba de aquel país de hombres perfectos, fabricados con harina y agua.

Debí caer rendido próximo ya al amanecer. Cuando recobré la conciencia, el Águila me observaba.

—Te apresuras sin motivo —dijo, y el hecho de que pudiera hablar no me extrañó en lo absoluto—, nadie va a perseguirte.

—¿Ni siquiera tú?

—Yo, menos que nadie. Te dejé venir, ahora deseo que te marches.

El pájaro era hermoso e imponente, pero descubrí que no le temía. Todo lo contrario, deseaba discutir con él.

—No lo haces por bondad, estoy seguro.

—Esa es una palabra vacía. Mira, no eres el primero que llega a la tierra de los Magníficos sin pender de mis garras —y citó varios nombres de pensadores,

reformistas y profetas, que conocía perfectamente—, ellos fueron mis huéspedes en otro tiempo. A todos les permití regresar, como a ti ahora.

—¿Pretendes que te crea?

—Por supuesto. Yo he fabricado una utopía. Ustedes hablarán de ella, y la glorificarán o denostarán a su antojo. Tergiversarán muchas cosas, también. Pero me importa mucho tener testigos en el mundo al que perteneces.

Comprendí entonces por qué el predio del Águila me resultaba cercano, por qué mi don repentino de vaticinar. Las sociedades ideales se edifican sobre similares presupuestos altruistas, y se amurallan para no inficionarse.

—Pareces muy orgulloso.

—En ese sentido me reconozco igual a mis ciudadanos: a todos los envanece la pertenencia a una secta de Elegidos. En realidad, como habrás adivinado, no los seleccioné por méritos de ninguna índole. Soy un predador y un filántropo que caía sobre el primer infeliz y lo llevaba al otro lado de la muralla. Creen ser especiales, y gozan sus cicatrices y sus spaghettis.

—Dios mío, hablas de esclavos vulgares. Los Magníficos son cautivos sin esperanza.

—Esas son también palabras vacías —dijo el Águila, y echó a volar.

SALVAJES

Me habían referido tantas maravillas de la Universidad de la Ignorancia, que durante mi breve paso por la Tierra de Nadie me las arreglé para visitarla.

—Cualquier alta casa de estudios estructura sus programas docentes de manera que el alumno se familiarice primero con lo ya sabido, y luego se sienta motivado a investigar en el ámbito de lo que se desconoce — explicó el guía que gentilmente me asignara el rector— nuestra Universidad procede al revés. Durante cinco años, sistematizamos la ignorancia del estudiante en su especialidad, y después lo dejamos leer todo lo que quiera. Sucede que nuestros graduados afrontan entonces la búsqueda de conocimiento con un espíritu singularmente práctico, y no mastican más de lo que pueden tragar.

Parecía un buen sistema, y era fama su eficacia. Me sorprendió descubrir, recorriendo el campus, que los educandos ignorantes tenían exactamente el mismo aspecto que los que yo conocía de otras Universidades.

Ese día visitaba el plantel un eminente antropólogo, y el Aula Magna estaba colmada. Sin embargo, gracias a los buenos oficios de mi guía, pude entrar y escuchar la conferencia desde un sitio privilegiado, el sillón de un profesor estrangulado la semana anterior.

—El país de los Caníbales Ovíparos puede servir para ilustrar el dilema que me he esforzado en presentarles —dijo el sabio durante los dos minutos finales, apenas los únicos en que me mantuve despierto—, cuya esencia, destilada al máximo, repetiré ahora: ¿debe la civilización respetar el desarrollo autónomo de las culturas indígenas, o por el contrario tiene el deber de propiciar su integración? ¿No es el planteamiento mismo de la alternativa un acto de soberbia? Muchas gracias.

Fue la mención de ese país, cuya existencia ignoraba, y no la virtud del conferencista, lo que me llevó a buscarle en el pasillo. El guía hizo las presentaciones, pero antes de que yo pudiera abrir la boca, un estudiante arremetió contra el erudito.

—El problema, enunciado en este marco, no rebasa la envoltura académica —voceó —, ¿qué importa lo que nosotros pensemos al respecto? La dinámica del desarrollo, la interacción de fuerzas socioculturales en el eje civilización—barbarie continúa produciéndose ahora mismo. Considerarla ética o no es como juzgar a la luna por ser un satélite.

—En otras palabras, **laissez faire** —intervine, movido por oscuro instinto—, no hay nada que hacer, así que ¿para qué preocuparse?. Una postura muy conveniente. Me gustaría comprobar lo que pensaría usted si fuera un Ovíparo y no un estudiante en la Tierra de Nadie.

—El Ovíparo enfrentará su absorción como parte de los designios divinos. Quizás la acepte, quizás no, pero desde su perspectiva, tal es la historia del mundo. No puede tomar la distancia necesaria para pensar “oh, esto es artificial, debimos seguir otro camino”. Siempre va a contaminarse de nosotros, aún cuando nos limitemos a pasar por allí de cuando en cuando para decir “hola”.

—Entonces, no pasemos por allí.

—Demasiado tarde. Además, si usted admira tanto al buen salvaje, ¿admirará también todos sus usos?. Una tribu de antropófagos como esta, ¿deberá seguirlo siendo en nombre de la pureza cultural?

—Ese análisis es cuando menos tendencioso, pues implica la existencia de patrones éticos universales, del Bien y el Mal absoluto. Desde el punto de vista del Ovíparo, que nosotros estemos divididos en ricos y pobres puede resultar igualmente repugnante.

—Ilustran ustedes a la perfección el paradigma de esta Universidad —dijo por fin el antropólogo— buenos días.

Y se marchó. El guía murmuró algo y fue tras él. El estudiante y yo quedamos mirándonos en silencio.

—Bueno —capitulé— discúlpeme. La verdad es que soy cualquier cosa menos un teórico. Desde este asunto entiendo muy poco.

—Lo mismo digo —admitió mi rival— me tienen por un alumno mediocre, pues algo he leído. Así que entiendo menos que usted.

Lo invité a tomar un café. Supe que se llamaba Rodríguez y cursaba el tercer año.

—Es probable que marche enseguida al País de los Ovíparos —dije— hombres que ponen huevos constituyen una novedad para mí. Procuraré interferir lo menos posible en su entramado social.

—Como yo lo veo, eso significa un tratamiento diferenciado. ¿Se da cuenta? Al llegar a otro sitio, al venir a la Tierra de Nadie, usted no piensa si interfiere o no. En el fondo, su actitud es menos tolerante que la mía. Dondequiera que exista contacto entre grupos, las culturas se comunican. Es la dinámica del desarrollo, y considerarla ética o no...

Para no empezar otra vez, solté la primera idea que me vino a la mente.

—¿Sabe una cosa? ¿Por qué no me acompaña a la Tierra de los Ovíparos?

Mi digno oponente se mostró encantado, en particular después que ofrecí correr con los gastos de su boleto.

La Tierra de Nadie era notoria también por su gigantesco aeropuerto, con salidas o conexiones hacia cualquier destino posible. Rodríguez y yo no tuvimos dificultades para dar con una agente de viajes dispuesta a informarnos. Había un vuelo en media hora hacia el reducto civilizado más próximo a la comunidad Ovípara. Lo tomamos.

Como, a pesar de nuestra escaramuza teórica, Rodríguez no sabía mucho más que yo acerca de los ponedores de huevos, preguntamos a la empleada mientras comprábamos los billetes. La tribu, dijo, sobrevivía en una inmensa selva que tiempos atrás albergaba a otras naciones igualmente primitivas, pero afines a nosotros siquiera en lo tocante al mecanismo reproductor. El avance de las compañías mineras las fue engullendo una a una. Y hablando de engullir, el creciente aislamiento había reducido la dieta de los Ovíparos a un explorador o misionero ocasional. Tampoco los devoraban a todos; seleccionaban algunos, según criterios desconocidos, en tanto se erigían en untuosos anfitriones de los rechazados. En todo caso, la gula no era un pecado que con justicia pudiera imputárseles.

En la ciudad de destino, casi en el mismo instante de tomar tierra sobre una pista breve y desastrada, nos atacó una legión de guías espontáneos. Contratamos a uno al azar. Su primera oferta consistió en un volumen acerca de los Ovíparos que, descubrimos, había sido escrito por el ilustre antropólogo.

—Puedo llevarles al corazón mismo de la selva —anunció el nuevo miembro del equipo— dispongo de un vehículo todoterreno. Me lo regalaron unos amigos militares. Y de armas, también.

—No queremos armas —dije.

—Sí queremos —me corrigió el estudiante

Decidimos entrar en acción de inmediato, pues la ciudad tenía una reputación espeluznante, y era preferible dormir desnudo en plena selva que pasearse por las calles de la urbe en pleno día. El todoterreno parecía más apropiado para machacar un camino que para transitarlo, lo que interpretamos como garantía de inexpugnabilidad. Respecto a las armas, solo diré que quién las diseñara debió tener en mente un ataque al todoterreno.

En tanto el Lunajod rebasaba los suburbios, casi indistinguibles de la jungla, consulté el docto ensayo del conferencista.

Con frecuencia quinquenal, las hembras adultas de la tribu depositaban unos huevos marrones y espesos. El período de gestación era bastante más corto que el de la variedad humana corriente, apenas de seis meses; la madre calentaba la postura durante el séptimo. Los niños recién liberados del cascarón tenían la alzada de un pollo, y como estos eran ya capaces de andar bastante bien y comer lo que encontraran, fuese digerible o no. Tales características los acercaban más a las aves que a los monotremas; empero, ahí terminaban las semejanzas con los volátiles. Su desarrollo mental y físico se iba emparejando al de los niños paridos al estilo mamífero, y a los tres años nada había en su aspecto o comportamiento que pudiera diferenciarlos.

Es un misterio por qué las mujeres ponen todas a la vez y cada cinco años precisos, apuntaba el erudito. También se desconocen los pormenores anatómicos del útero y el carácter de la mutación que les permite fabricar el huevo. Algunos mercaderes inescrupulosos roban posturas y las venden a coleccionistasy, presumiblemente, a macabros gourmets, pero no ha sido posible examinar científicamente un espécimen, dada la hostilidad selectiva de la horda. El antropólogo

no hacía nada por ocultar la viva contrariedad que esto le provocaba.

—Ahí comienza el territorio de las gallinas —señaló despectivamente el nativo, dos horas más tarde— yo me marcho. En dos días vendré a recogerlos a este mismo sitio, si me pagan ahora.

—Pensamos que seguiría con nosotros —observó Rodríguez.

—Amigo, jamás prometí eso. En cambio, pueden quedarse con las armas.

—Gracias —dije con sarcasmo.

Nos quedamos solos, a muchos kilómetros de la civilización, en un territorio poblado por gentes que nos mirarían como a sandwichs. Se me ocurrían nuevos y jugosos argumentos en pro del respeto a su desarrollo autónomo. Hasta ese momento había interpretado la antropofagia como una característica del mismo orden que la tez morena o la ausencia de vello corporal.

—¿Tenemos algún plan? —preguntó el estudiante.

—Observar sin interferir —dije con ficticio aplomo. La agudeza de los sentidos indígenas siempre fue mayor que la de los hombres civilizados. Era mucho más probable que ellos nos observaran antes, y que interfirieran de manera drástica.

—Me bastaría con observar a una mujer empujando —añadí— según el texto, estamos en plena época de desove.

Durante la jornada, la selva debió estar mirando a otra parte. Fuimos picados y mordidos, pero no nos afectó ningún verdadero peligro. Comimos basuras enlatadas, pues hubiera sido imbécil emplear las armas de fuego.

Pernoctamos en la copa de un árbol. Es una experiencia incómoda. Rodríguez durmió casi todo el tiempo; yo vine a cabecear con las primeras luces. Soñé que un destacamento de Ovíparos instalaba su campamento al pie del tronco.

Cuando abrí los ojos, había un destacamento de Ovíparos al pie del tronco.

—Rodríguez —susurré. El partidario de la absorción de la cultura indígena dormía ovillado sobre una rama, ignorante de cuán cerca estaba de ser él mismo absorbido.

Los Ovíparos, desde esa altura, eran gente hermosa y apacible, de piel rojiza y cabellos azulados. Iban desnudos; tatuajes y pinturas obraban un lucido efecto decorativo.

—Rodríguez —repetí. El estudiante corrigió su postura, y mantuvo los ojos cerrados.

Distinguí algunas mujeres. Me parecieron menudas aunque bien hechas, frágiles y sensuales. Llevaban colgadas al cuello unas bolsas pequeñas. Vacías. No vi rastros de huevos, ni vientres hinchados.

—Rodríguez —dije por tercera vez, un poco más fuerte. El interpelado abrió los ojos y estiró los brazos.

—Aaay, cojones— rugió, tensando las sílabas.

Nos capturaron sin resistencia. Bueno, intentamos usar las armas —confieso que fui el primero en desenfundar, y que en ese momento olvidé mis escrúpulos conservacionistas— pero no funcionaban. Los amigos militares del guía debían ser gente muy descuidada.

Al menos, no fuimos devorados enseguida.

—Lo siento —me susurró el culpable con pesadumbre, en tanto marchábamos con las manos atadas y rodeados por los Ovíparos— he tenido siempre el mismo problema. Una vez estaba de guardia en la residencia estudiantil, me quedé dormido y desperté voceando la misma frase. Y había olvidado cerrar el sistema de audio.

La aldea, si así podía llamarse, estaba constituida por una serie de madrigueras casi invisibles en torno a un descampado. Nos arrojaron, haciendo gala de muy poca gentileza, en una.

— No veo esqueletos por aquí — comentó Rodríguez con soez optimismo— puede que nos pongan en libertad sin tocarnos.

—Comerán afuera —dije roncamente, para devolver a mi colega al estado de ánimo apropiado— harán una fogata y nos asarán vivos. Dicen que no mueres de inmediato, y que a veces la conciencia perdura hasta el momento en que te hincan el diente...

Debió transcurrir un par de horas sin novedad, y sin que el estudiante hiciera el menor esfuerzo por renovar la conversación. Al fin entró un Ovíparo. No estaba pintado, y no había manera de saber si eso era digno de buen augurio.

—Sonríe —dijo Rodríguez— trata de mantener una expresión amistosa.

—A mí me da igual —dijo el Ovíparo— de todas formas sé que están muertos de miedo.

Por algún motivo, miré al estudiante con intensa rabia.

—Después de dos años trabajando como un esclavo para una compañía minera, aprendí el idioma —explicó el guerrero— y, visto que soy aquí el único bilingüe, el jefe me envió con un mensaje para ustedes.

—Van a comernos —aventuré.

—Eso resulta un poco exagerado. En realidad, vamos a comernos a uno.

—Hay latas de conservas en mi mochila —comentó Rodríguez débilmente.

—Gracias, pero necesitamos algo más sólido. Verán, la situación es esta: las mujeres no pueden concebir huevos, ni los hombres fecundarlas, sin comer previamente una pizca de carne humana. Y ya es la época en que deberían quedar grávidas. A ustedes los trajo la voluntad divina.

—Más bien un todoterreno del ejército —repliqué, pero una mirada del emisario me hizo callar.

—Nos basta con uno porque la carne requerida es muy poca. Ahora bien, los dioses han querido que sin ella no tengamos descendencia. Se trata del futuro de la tribu. Ustedes comprenderán.

—Absurdo —dijo Rodríguez— los Ovíparos tiene crías cada cinco años. ¿Va a decirnos que sólo son caníbales quinquenalmente?

—Exacto. Sólo que, usted sabe como es la fama. Nos comemos a alguien, y ya nos acusan por cuanto viajero desaparece en la selva.

—Yo le creo —me apresuré en puntualizar— pero lo de que necesiten esa dieta para concebir... no se ofenda, pero es pura superstición.

—Usted se equivoca. Hace muchos años, pájaros metálicos arrojaron basura desde el cielo. Hasta entonces, las mujeres tenían a sus hijos como los monos y los tigres. Después todo cambió, y fueron tiempos de angustia y hambre, hasta que devoramos a uno y las embarazadas pusieron huevos. Descubrimos el ciclo, y la carne humana se volvió imprescindible.

—Una mutación —jadeó Rodríguez— Dios mío, son mutantes. Algún avión diseminó desechos radiactivos...

—Decidan ustedes quien va a sacrificarse. Si al amanecer no tienen una respuesta, tomaremos a cualquiera.

El Ovíparo se incorporó, cercenando la súplica que, en términos bastante humillantes, me disponía a proferir. Me dio un pellizco apreciativo en la barriga, se relamió y salió del horado.

Quedamos en silencio por algunos minutos.

—Tú —chilló el estudiante— tú quieres preservarlos como son. Tú abogas por el respeto a su desarrollo autónomo. Si alguien tiene que servirles de afrodisíaco, eres tú.

—Todo lo contrario —opiné— debo quedar vivo para sumarme a quienes abogan por sus derechos. Tú en cambio, te has declarado enemigo de sus tradiciones. Nada más normal que comerse a un enemigo.

—Desvarías. Esos asquerosos mutantes podrían dejar de serlo si reciben atención especializada. Tú se

las negarías, pues no quieres que nadie las toque. Además, él te pellizcó.

—Fue un gesto de cariño.

Seguimos discutiendo hasta la noche, hasta que no tuvimos fuerzas. Debo admitir que la lógica de Rodríguez avasallaba a la mía. Si yo clamaba por la independencia cultural de los Ovíparos, y mi carne podría proporcionársela por cinco años, ¿no era justo inmolarme? Era justo. Pero se daba el caso de que me interesaba sobremanera mantener dicha carne en su sitio.

Bueno, uno puede volverse auténticamente miserable en una sola noche. Nos insultamos, pateamos y mordimos como alimañas, tanto como nos lo permitieron las ligaduras y las fuerzas. Juré que, no bien entraran los guerreros a llevarse a la víctima, diría que el defensor de la autonomía indígena era Rodríguez. Por su parte, el estudiante prometió declarar que padecía de una enfermedad en la sangre.

Salió el sol.

—Esto no puede estar ocurriendo —gemí.

Varias siluetas oscurecieron la entrada. Suplicamos misericordia en tanto los guerreros nos llevaban al centro de la aldea. Vislumbramos un fuego. Alguien cortó las cuerdas que nos maniataban.

—¿Han decidido? —preguntó el intérprete.

—Él —coreamos.

Los Ovíparos nos estudiaron con algo parecido al desencanto. Estaban allí, rodeándonos, hombres y mujeres desnudos y pintados, salvajes odiosos, bestias hambrientas... Deseé tener una buena ametralladora y portarme como Rambo.

El Ovíparo arrojó ante nosotros una cabeza humana ensangrentada.

La reconocimos. Unas horas antes, esa cabeza remataba el cuerpo de una conferencista que lanzaba a su auditorio un interesante dilema ético.

—Anoche —dijo el Ovíparo— este hombre entró a la aldea. Oh, ya lo conocíamos, hace cinco años quiso robarse un huevo, y se le rompió. En ese huevo estaba mi hijo. Ahora, por segunda vez, pretendía salirse con la suya. Ignoraba que las mueres están retrasadas por falta de carne. Ya no lo estarán más. Gracias a él, tenemos lo que necesitamos.

Entonces nos golpeó el olor, y la visión de unos macabros escamochos desperdigados alrededor del fuego.

La tribu de Ovíparos volvía a ser lo que antes fuera, una raza mutante y única. Yo debía sentirme orgulloso. Pero algo me incomodaba, el recuerdo de la noche en la madriguera, las escenas que protagonizara con Rodríguez. No era un hombre civilizado y solidario. Era una bestia cobarde y elemental, un salvaje disfrazado, y necesitaba exorcisarme.

Avancé con indecisión y extendí la mano.

—Tengo hambre. ¿No les sobró un pedacito?

EL TURNO DE LA ESFINGE

Me detuve frente a un negocio con un cofre como enseña, y la leyenda “Mapas de tesoros por esconder”. No llevaba prisa, y oferta tan inusual había despertado mi interés. Entré.

—Ajá, he aquí un buscador de fortuna —clamó un muchacho parapetado tras un mostrador de madera fina— tenemos justo lo que desea, señor. ¿Tesoros subacuáticos? ¿O quizás prefiere las cavernas, o viejas casas abandonadas? Todos los tesoros del mundo han sido descubiertos, excepto los que nadie ha ocultado todavía. Nosotros le ofrecemos la posibilidad de llegar el primero. Mapas garantizados, señor.

A juzgar por lo expuesto en paredes y vitrinas, el único problema de esas fortunas era estar conjugadas en futuro. Centenares de cartas renegridas, maltrechos portulanos, croquis trazados de prisa y con sangre, maquetas y apuntes esperaban por sus correspondientes aventureros. De la puerta hacia fuera, el mundo debía estar lleno de riquezas por disimular.

—Si es usted un novato, le recomiendo algo así —el tendero me señaló un enorme dibujo en pergamino coloreado que pendía a sus espaldas, bajo un cartelito de “Liquidación”— un tesoro pequeño, fácil de transportar. Vea, las indicaciones son tan precisas que hasta un niño podría encontrarlo. De hecho, usted haría bien contratando un niño.

—No busco tesoros —advertí— no creo que solucionen nada a largo plazo. Curioseaba, eso es todo.

—Entonces, señor, le ruego deje sitio a clientes verdaderamente interesados.

El sitio no parecía haber recibido la visita de un cliente así desde los tiempos del capitán Flint, pero daba igual. Sin duda los dueños tendrían una filial especializada en mapas para esconder tesoros en sitios no contemplados en estos mapas, y así ad infinitum.

—Espere— dijo el muchacho, con un extraño brillo en los ojos, al ver que me disponía a acatar su petición— tengo algo que quizás le agrade examinar.

Desapareció en la trastienda y volvió enseguida trayendo una caja metálica.

—Nuestro negocio no es un engañabobos, como estará pensando. Quien dispone del mapa de un tesoro real, en el sentido de ya enterrado, tiene una posibilidad entre varios millones de encontrarlo. Quien compra uno de nuestros mapas, tiene aproximadamente el mismo chance de que un día alguien esconda joyas ahí. Lo que fascina a los aventureros es la posesión de un secreto, no de fortuna.

Abrió la caja y exhibió un documento enrollado y atado con una cinta blanca. Un documento realmente viejo. El olfato me reveló la diferencia.

—De todas formas, lo que le ofrezco no es el mapa de un tesoro, sino de un país remoto. Mi padre lo obtuvo de estraperlo y afirmaba que jamás lo vendería, pues era su propósito visitar esa tierra. El murió hace poco, y yo no tengo en absoluto la intención de perseguir quimeras. Tampoco voy a venderlo, pues no sabría si vale centavos o millones. Si lo desea, puede quedárselo.

—¿Por qué yo?

Me examinó con frialdad.

—Usted dijo que los tesoros no solucionaban nada. Entiendo que sólo le interesa aquello que sí lo haga. La tierra cartografiada es el País de las Soluciones.

Desplegué el papel y estudié los signos. En el centro del territorio campeaba una cruz; más allá de sus lindes había pocos nombres que yo conociera, y estos correspondían en verdad a comarcas remotas, ubicuas. Me alejé de la tienda sabiendo que ahora tenía un objetivo que no me daría respiro. Sin embargo, me pareció preferible a la búsqueda de tesoros por esconder.

No es necesario que detalle ahora los pormenores del viaje. Baste decir que alcancé el extremo del mundo, y no me detuve. La meta siempre estaba cerca, pero no lo bastante. Al fin, un día, próximo ya al Abismo, me detuve en una posada y propuse un brindis en honor del País.

—Es grato escuchar palabras como esas en boca de un extraño —comentó una mujer a mi lado— acepto su convite.

—¿Acaso no somos todos extraños a esa tierra?— repuse.

—¿De que habla? Este es el País de las Soluciones. Mire en torno; el dueño y algunos clientes asistieron. De modo que allí estaba. La mujer sonrió, comprensiva ante mi desconcierto. Le mostré el mapa.

—Justo — aprobó— es una carta vieja, considerando que el territorio ha crecido, pero no hay duda. Y esa cruz es el Archivo.

Pedí otra cerveza. El dueño la escanció en mi jarra y se llevó lo que restaba de mi capital.

—Escuche —dijo mi interlocutora— trabajo en el Archivo. Si quiere, puedo mostrarle el camino.

La mujer no era muy joven, quizás no lo fue nunca, pero me agradaba su desenvoltura. Acepté la oferta.

Afuera hacía calor. En semejante sitio y con el sol en el cenit, no me sorprendió. La villa tenía un aspecto corriente, y eso sí que era raro.

Llegamos al centro en media hora. El Archivo resultó ser un edificio negro, de varios pisos, algo así como una torre de oficinas de Wall Street. El portero

saludó con deferencia a mi guía y nos dejó pasar sin mayores trámites. Un ascensor nos depositó en el nivel undécimo, y terminamos en una habitación que podría haber sido amueblada y equipada para un ejecutivo de la Sony.

—Voy a cancelar un par de compromisos —explicó la mujer— estaré con usted en cinco minutos. Aquí tiene un prospecto, con él puede irse enterando de lo esencial. Ah, por cierto, el texto es mío.

El País de las Soluciones, según el folleto, era algo así como el feudo de una gran empresa de la información, y el edificio negro su cerebro o su nervio. Allí se generaba el producto epónimo. La oferta abarcaba cinco entradas: respuestas personales, grupales y sociales, otra cosa llamada Grandes Interrogantes, y un último calificador para demandas no homologables, previsiblemente rotulado como OTRAS. De creer a los cintillos toda solución era accesible. El Archivo abominaba de fracasados.

La historia comenzaba con un erudito al que le leyenda atribuía la virtud de proveer respuestas correctas a las cuestiones más espinosas, del cariz de “¿cómo hago para conquistar a fulana?” o “si existe un Dios, ¿por qué no contaron conmigo para elegirlo?”. El fue la matriz del Archivo, aunque el texto dejaba entrever que en cierto momento fue sustituido por ejecutivos menos altruistas y más ambiciosos. Un largo periplo histórico separaba al sabio de la empresa, mas, en esencia, esta no había hecho sino sistematizar el don del pionero y diversificar el rango temático. El servicio ofrecido por el Archivo no era aún muy conocido más allá las fronteras del País, toda vez que la firma no consideraba que hubiese concluido el período de pruebas y estudio de mercado. Pero muy pronto, muy pronto, cualquier ciudadano del mundo que necesitase una solución no tendría más que pedirla, pagarla y utilizarla en la esfera apropiada de la actividad humana.

Llegado a este punto en la lectura, la mujer entró a la oficina.

—Hecho —anunció— estoy libre de citas y consultas por una hora. Pasemos a su caso. ¿Ha encontrado instructivo el material?

—Mucho.

—Perfecto. Entonces llene esto —y me tendió un documento de varias páginas.

—¿De qué se trata?

—Es una solicitud de servicio, por un número indefinido de respuestas. Le aconsejo, de cualquier modo, que no se exceda. Ocho o diez sería una cifra razonable.

—Espere, espere —dije cortésmente, y devolví la planilla virgen al escritorio—, yo no he dicho que desee convertirme en su cliente. En realidad, soy un viajero...

—Tonterías. Usted buscaba nuestro País, ¿no es cierto? Bien, no irá a decirme que le guiaba un interés geográfico. E incluso, si así fuera, todo el mundo necesita soluciones. Yo le brindo la oportunidad de encontrarlas, por un precio muy inferior al que tendrá el producto en el mercado.

—¿Cualquier clase de soluciones?

—Creo que nuestra oferta es bastante completa. Usted puede estar interesado en una respuesta a un asunto amoroso, psicológico, médico. Bueno, en eso pensamos al diseñar la primera categoría. O puede que le preocupe cómo lograr que su familia, o su círculo, marche adelante. O en reformular las bases de la sociedad en que vive. Ahí tiene ya las entradas segunda y tercera. Respecto a las Grandes Interrogantes, ya sabe, se refiere a Dios, al quiénes somos y adónde vamos, al Big Bang y la evolución, al orden cósmico, y si aún desea algo que no encaja en esos órdenes, ahí tiene las Otras.

En verdad, sin esforzarme demasiado se me ocurría un centenar de preguntas. Y también una objeción decisiva.

—No tengo dinero.

La mujer suspiró y me estudió con simpatía.

—Mire, podemos hacer una excepción. Le brindaremos el servicio ahora, y usted nos pagará más adelante.

Agradecí su gentileza, pero de todos modos dije que lo pensaría. No intentó seguirme al ver que buscaba la puerta. Se limitó a vaticinar mi regreso.

Cuando alcancé el nivel del suelo, el sol declinaba, y me vi forzado a buscar albergue. Pregunté hasta llegar a un convenio con el dueño de cierto hotelucho: fregando platos podría solventar mi débito por una cama y un mendrugo. Ya era noche avanzada cuando salí de la cocina y me encerré en la breve pieza que había merecido. Mañana cambiará todo, pensé al desnudarme.

Luego, bajo la ducha, hice un desmañado recuento de lo que me hubiera gustado obtener del Archivo. Era como el viejo problema del gnomo y los tres deseos. Podría solicitar un procedimiento seguro para hacerme con cien millones de dólares. O salud y éxito profesional. O amor. No sexo, pues bastante tendría con sólo devenir millonario. Quizás valdría la pena elevar un ápice la mira y preguntar por los caminos de, o hacia, Dios. ¿Se habría visto El, al principio, en situación parecida?

Al siguiente día no abandoné el País. Ni al otro. Una semana después, aún fregaba platos y sopesaba prioridades. ¿No era justo interesarme en el modo de evitar la polución de mi mundo? ¿O subsanar el error de la pobreza, de la injusticia y la maldad? ¿O ser glorificado como el Gran Pacificador Universal?

Se me ocurrió acudir a la experiencia de los nativos. Una tarde regresé a la taberna en que habría encontrado a la funcionaria. Pedí una cerveza pequeña, y entablé conversación con el propietario.

—Las soluciones —dijo el tipo— son una mina de oro. Cuando nos lancemos en grande, venderé el negocio. Mi hermano mayor es portero en el Archivo.

—¿Tan seguro está de que las cosas irán bien?

—Oiga, ¿de dónde sale usted? La gente pasa la vida buscando cómo hacer esto y lo otro. Nosotros le evitaremos el esfuerzo. Y con un producto garantizado, créame. Tendremos soluciones para todo el mundo. Y sin competencia.

—Algo se les escapará, siempre. Alguna pregunta que no puedan responder.

—Según mi hermano, es una posibilidad en un trillón. Y Dios quiera que nadie formule esa pregunta.

—¿Le asusta eso?

—Bueno... —el tipo rellenó mi jarra sin esperar que yo lo ordenase, y bajó la voz y la cabeza— mi hermano dice que podría significar la destrucción del Archivo. Pero un trillón es mucho, ¿no? Y tenemos soluciones para todo. Desde la peor enfermedad hasta el sexo de Dios.

Todo, me repetía esa noche en mi refugio. Todas las soluciones al alcance de la mano. Muy pronto.

Creo que fue durante mi décima mañana en el País cuando volví al Archivo y me dirigí a la mujer sonriente.

—Tengo una pregunta.

—Nunca dudé que vendrías —dijo ella— ¿solo una?

—Solo una. Si pueden responderme, pagaré lo que me pidan.

—Dalo por hecho —replicó orgullosamente— ¿cuál es esa pregunta?

—Clasifica en la categoría de las Grandes Interrogantes, supongo. Es algo que ha preocupado a la especie humana desde el origen, y que ustedes me ayudarán a develar.

—Acaba de decirlo.

—Bueno, la cuestión es... ¿qué fue primero, el huevo o la gallina?

Mientras las computadoras explotaban una a una y el archivo se incendiaba a mis espaldas, tomé el camino de regreso. Me sentía enormemente aliviado.

Un año después volvía la tienda. Allí estaban el muchacho, y los mapas, y nada parecía haber cambiado.

—Me alegro de verlo, señor.

—Lo mismo digo —afirmé con sinceridad.

—Han corrido noticias... creo que mi regalo le fue útil.

—Oh, era un regalo espléndido. Gracias a él, el País de las Soluciones ya no existe. Demasiada ingenuidad, demasiada soberbia; su mera existencia constituía un insulto a Dios, lo que no es tan grave, y a los hombres, lo que puede serlo. Yo encontré la única respuesta que no podía ofrecerme... la respuesta para destruirlo.

—Creo que mi padre estará más tranquilo en su tumba.

—Claro, tu padre. El que compró el mapa en el mercado negro y soñaba con visitar el País algún día, dijiste. Ese mismo País nacido de la hermosa obra de un erudito, un dispensador de verdades que fue echado a un lado como un trasto y del que no volvió a saberse nada.

—Bueno... —el muchacho sonrió— lo importante es la posesión de un secreto, ¿no es cierto?

Me mostré de acuerdo y le dije que quería comprar el mapa de un tesoro que alguna vez sería enterrado. Me ofreció uno que tenía en liquidación. De un tesoro mínimo, que hasta un niño podía encontrar.

ZOOLÓGICA

Este país ha surgido al solidificarse varios millones de toneladas de agua marina. No hablo de hielos, inexistentes a tan baja latitud, sino de aluviones tecnológicos, de excrementos industriales y escorias orgánicas compactadas en una gran isla flotante. La única vía practicable de abordaje es mantenerse al paio y dejar que el país se aproxime, si quiere hacerlo. Yo no tuve que esperar más allá de dos meses; en la colisión perdí el navío, más conservé vida suficiente para despertar con la mañana, rodeado de mofetas.

He dicho bien: mofetas. Las bestezuelas listadas me contemplaban con una intensidad que me hizo temer lo peor. Yo sabía, pues era fama en el continente, que allí los animales hablaban, pero al escuchar las primeras sílabas moduladas por una garganta inhumana no pude reprimir un estremecimiento de puro conservadurismo.

—Vote por nosotros —dijo la mayor de las mofetas, encaramada en mi pecho con la desenvoltura de un liliputiense— es todo cuanto queremos. No vamos a hacerle daño; por el contrario, si nos complace sabremos mostrarnos agradecidas.

Me incorporé, evitando los gestos bruscos. Estaba en una playa de arenas grises, formadas por minúsculas porciones de agua dura. El país se elevaba inmediatamente hasta rematar en montañas azules, y

parecía hermoso y bien poblado, verde y blanco, pardo y amarillo como un pequeño Edén oceánico. Columbré muchas figurillas en movimiento, si bien a tal distancia no pude adivinar su exacta naturaleza.

—En dos días serán las elecciones —continuó el líder de los pequeños carniceros, empinándose ahora a mi lado— nuestra plataforma se basa en el respeto a las libertades, incluida la de oler según el albedrío individual. Un derecho que a usted le sería muy conveniente esgrimir en estos momentos.

—Soy un extranjero —objeté.

—Cualquier individuo que pise nuestra tierra, sea cual sea su especie, obtiene automáticamente la ciudadanía.

Las mofetas me llevaron a Zoológica, la ciudad principal. Las figuras en lontananza resultaron ser animales de diversa ralea y calibre, absortos en rutinas civilizadas. Nadie me dedicó particular atención; algunos transeúntes saludaron a mis nuevos conocidos, y estos respondieron con urbanidad. El viaje terminó en un hotel del centro, donde las mofetas reservaron una habitación para su huésped humano. Entendí que al permitir que los gastos corrieran a su cuenta me comprometía en buena medida a cederles mi voto, pero no vi alternativa. Recalaron que podía contar con ellas para cualquier contingencia, me encomendaron especialmente a los buenos oficios de un camello que debía ser el botones del piso, y me dejaron solo.

Pasé todo el día enfrentado al televisor. Las campañas electorales de pulpos, babosas, ornitorrincos y el influyente partido de los búhos ocuparon la mayor parte de la programación. Sólo entrada la tarde hubo un espacio para el grupo en el poder, los cerdos. La comparecencia del mandatario me pareció atinada, y él mismo carismático, aunque demasiado gordo para resultar confiable. Claro que la obesidad resulta, en un cerdo, más bien una virtud que una culpa. Pero es que

este cerdo no sólo era gordo, sino de una calidad lustrosa de gordura.

A las ocho, el camello vino a preguntarme si no deseaba cenar.

—No se presentó usted para el almuerzo —observó en tono cuidadosamente neutro— y, hasta donde estoy enterado de los hábitos dietéticos de su especie, eso no es normal.

—¿Hay otros humanos en el hotel?

Dijo que sí y eso bastó para decidirme. Tomé el ascensor hasta el restaurant del ultimo piso; la puerta se abrió a un pasillo donde campeaba la puerta del extraordinario recinto. Eché una ojeada al entrar, pero no divisé a ningún compañero de raza. El camello me aseguró que el señor Rodríguez no tardaría, me entregó la carta y desapareció.

Me hallaba en un refectorio para gourmets de las más diversas especies. No eran, como las criaturas de Moreau, grotescos remedos de humanidad, sino individuos orgullosos de su compostura y pelaje: dos babuinos, en la mesa contigua, se manoseaban mutuamente los traseros y chillaban; un elefante y un hipopótamo solventaban sus asuntos en una piscina calculada, supongo, para esa clase de encuentros; un avestruz picoteaba al fondo y ponía un huevo intempestivo, y una mosca se posó en mi mesa y avanzo hasta encaramarme.

—Las mofetas implantarían una dictadura —comentó—, ya tienen lo principal, armas para reprimir manifestaciones opositoras. No, señor mío, usted debe votar por el partido de las moscas. No hay especie más humilde y esforzada.

—Largo de aquí —dijo un tipo enjuto, de nariz ganchuda, agitando una mano sobre la mosca—, ni siquiera a la hora de cenar puede uno..., en fin, soy Rodríguez.

Me presenté. Vino un cerdo a tomar la orden. Aquello me enfrentó a un dilema ético, pues había pensado encargar unos steaks de lomo ahumado. Cuando escuché a Rodríguez pedir un hígado de cerdo, me envalentoné y dije lo que deseaba. El camarero no se inmutó.

—Aquí cada uno puede, y debe, comportarse según le dicte el instinto —dijo Rodríguez—, los leones comen antílopes, las zorras roban huevos. Lo contrario sería violatorio de las libertades garantizadas por la Carta Magna.

—Pero si un ciudadano se puede merendar a otro sin castigo, la sociedad es una selva. Además, todos los animales hablan el lenguaje humano. ¿Eso también se lo dicta su naturaleza?

—Sucedé que la nuestra es la lengua más sencilla —aseveró mi hermano zoológico— tendría que ver la gramática de los delfines... pero veo que no ha tenido tiempo de familiarizarse con la estructura de una Democracia Ecológica. ¿Desea que le exponga los rudimentos?

Acepté de buen grado, y así, mientras el cerdo nos servía las vísceras de uno de sus semejantes, me fui enterando de los principios que regían la vida en Zoológica.

Los habitantes habían arribado poco a poco, huyendo de los grandes continentes en balsas precarias, encandilados por la fascinación de un territorio virgen. Descreídos de la ley humana y sus odiosas secuelas, juraron desde la asamblea fundacional que su nueva patria sería un modelo democrático como jamás se viera. Representantes de las cinco especies pioneras rubricaron la Carta Magna en el reverso de un libro de Orwell, instaurando un sistema de elecciones libres cada cuatro años: cualquier clase de animales podría resultar elegido y gobernaría según su criterio al resto de la población, sobre la base del acatamiento de la

letra constitutiva. El gabinete podría integrar a ministros de diversas especies, pero quedaba claro que el período de mandato de una raza sería la oportunidad para demostrar la eficacia de su proyecto social. Dicho de otro modo, si el presidente era un tapir, el Ministro de Educación podría ser un pollo, pero esos eran los años del tapir.

—Aún no se ha dado el caso de una reelección —admitió Rodríguez— por muy atractivo que resulte un programa, tendrá siempre demasiados partidos opositores. Demasiados, en verdad, porque solo de insectos hay varios millones de especies.

El diseño, no podría dudarse, adolecía de zonas de conflicto. ¿Tenían derecho los peces a gobernar desde el agua? ¿O los pájaros desde el cielo? ¿O los animales invidentes o subterráneos? ¿No sería suficiente un partido único de insectos? ¿Se contemplaría a los protozoos como individuos con iguales derechos, o sólo a criaturas de complejidad igual o superior a las esponjas? Los humanos, arrogantes y tantas veces culpables de ecocidio, ¿no merecían acaso un status diferenciado?

—Hubo rebeliones frecuentes: los caballos se negaban a dejarse gobernar por mulos, a los que calificaban de impureza antinatural; los gatos por perros, y viceversa, los insectos por ranas... En particular, un gobierno del virus de la malaria resultó lamentable, a pesar de que no hizo sino obedecer a su instinto, si puede hablarse de instinto en un virus. La ley admite que las especies carnívoras se ceban en las otras, pero sólo si logran demostrar que cazan por hambre y que no almacenan en previsión de crisis económica, o que desean engordar para seguir la moda. Y un tigre presidente no puede comerse a un jabalí del gabinete, pues sería inmediatamente acusado de asesinato político. De cualquier forma, los nativos prefieren la Democracia Ecológica a cualquier democracia humana.

Supe también que en Zoológica había libertad de prensa, pero no se consideraba de buen tono la divulgación de ideologías catastróficas; Darwin y Lamarck eran mencionados en los planes de estudio como filósofos limitados y endeble, en tanto que un gobierno de reptiles había acusado indiscriminadamente a aves y mamíferos de premeditar la extinción de los dinosaurios.

—Pasado mañana concluirá el mandato de los cerdos. Búhos y mofetas son los partidos más poderosos. Numéricamente los mosquitos superarían a ambos, pero a la hora de contar los votos se tiene en cuenta la proporción entre los grupos, para evitar injusticias. Las amebas, digamos, nunca han estado muy contentas de saber que un millón de sus votos vale por el de un oso panda, si bien han tenido que aceptarlo pues el consenso lo exige.

Rodríguez llevaba algunos meses en Zoológica, pero evitaba el excesivo contacto con los nativos humanos, y me aconsejó que lo imitara.

—Nuestra especie tiene en su representación local ejemplares bastantes tristes. Unos se sienten abrumados por la culpa, otros son extremistas que sueñan con meter en cintura a todos los bichos. Y hay algunos que dicen que los negros sí debían ser considerados ciudadanos de segunda, pues son responsables de todo.

Después de la comida, salí con Rodríguez a recorrer la ciudad. Incluso a hora tan avanzada resultaba evidente la efervescencia política que embargaba a las criaturas. Compré un diario vespertino. Un cintillo acusaba al virus Mbola de haber invadido al candidato de los chimpancés con burdos propósitos antidemocráticos; otro revelaba, con el auxilio de fotos voyeuristas, detalles de la vida sexual de un conejo postulado.

—Siempre ocurre así —comentó mi guía— la libertad de prensa se... exacerba en vísperas de las elecciones. Con medias verdades se puede desenmascarar incluso a gente tan reservada como los

hostiones y los perezosos. No se deje influir por todo lo que publican.

Regresé solo al hotel, pues Rodríguez encontró a un tiburón amigo suyo, cuyo rostro no me inspiró confianza, y decidieron quedarse a beber en un pub no menos pintoresco que el de Star Wars. No fue fácil orientarme en aquella maraña de avenidas, senderos reventados de madrigueras, arboledas preñadas de nidos y plazoletas en pleno mitin. El camello me esperaba, y me acompañó a la habitación.

—Tiene visita —dijo significativamente al abrir la puerta. Me pregunté a que podría referirse, pero lo supe no bien encendí la luz.

—Bienvenido —saludó la mofeta líder. Mis conocidas de por la mañana, y algunas más, habían invadido el cuarto y se comportaban como si tuvieran derecho a hacerlo.

—Vamos, deseo dormir —rezongué, y di un paso hacia la cama. Tres mofetas se interpusieron.

—No nos gustan sus relaciones —dijo la bestezuela jefa— ese Rodríguez está pagado por los búhos. Usted prometió algo, ¿no es cierto?

—No recuerdo haberme expresado en esos términos.

—Bueno, pues ahora va a hacerlo.

Advertí que todas las ventanas estaban cerradas, y que más de un intruso empezaba a levantar la cola.

—Tengo para mí que la coerción no es, en esencia, un procedimiento democrático —observé— si me asfixian, no tendrán mi voto.

—Solo estamos obedeciendo a nuestro instinto —dijo el vocero de los gánsters listados— ¿Acaso no se espera de nosotras que nos protejamos con un chorro de perfume?

En casos de esa índole no queda otro remedio que ceder. Me comprometí a votar por el partido de las mofetas, e incluso firmé un documento que ensalzaba las virtudes de un gobierno por ellas encabezado.

—No se arrepentirá —dijo el bicho principal— si se porta como un hombre.

Me dejaron en paz, temblando de asco por mí mismo. Sin embargo, dormí como un lirón.

Durante el siguiente día, la tensión se multiplicó en Zoológica. Y en el hotel muchos dejaron de hablarme. Supuse que el camello se habría encargado de divulgar que yo estaba en tratos con las mofetas.

A la hora del almuerzo fui a buscar a Rodríguez, pero no estaba en su habitación.

No tuve otro remedio que comer solo. Me atendió el mismo cerdo.

—¿Lomo ahumado, otra vez?

—No —dije— he decidido ser vegetariano mientras permanezca en Zoológica.

Me miró con sorpresa, pero no comentó nada y me trajo un bol de maíz con habichuelas.

Al atardecer estalló una bomba en el vestíbulo. El saldo fue de un hipopótamo muerto, un número indeterminado de hormigas desaparecidas, y una decena de comunicados de grupos extremistas adjudicándose la acción. El ejército ocupó el hotel. Mientras contemplaba el operativo junto a otros curiosos, la mosca que conocía me zumbó en la oreja.

—Fue Rodríguez. El puso la bomba. Es un agente de cierto comando ilegal, el Ejército Popular Condictio.

—De los búhos, me habían dicho.

—Nosotras estamos mejor informadas que las mofetas. Somos la especie más humilde y esforzada...

Me retiré a la habitación y no volví a salir. Esperaba que de un momento a otro Rodríguez intentara localizarme. Quizás el tipo fuera realmente un terrorista a sueldo de los tiburones —yo no olvidaba el sospechoso talante de su amigo— pero el instinto me impedía confiar en él. En la solidaridad de la especie. Dios mío, pensaba, en que locura estoy envuelto. Mofetas

dispuestas a torturar por un voto, bombas que cobran víctimas inocentes, mafias de escualos, un ejército de cerdos chequeando a los que entran y salen del hotel... Zoológica era demasiado democrática para mí.

Rodríguez no apareció.

El día de las elecciones, la ciudad amaneció cubierta de vehículos de combate. Se hablaba de un golpe de estado emprendido por una facción de militares que pretendían instaurar una dictadura. Por lo pronto, decretaron la ley marcial y el toque de queda. Numerosos candidatos opositores estaban presos o perseguidos. Búhos y mofetas intentaron afianzar una coalición tardía, pero fueron barridos por los golpistas.

Tres cerdos fueron a buscarme a mi habitación. Uno de ellos era el camarero.

—Usted está detenido por el delito de espionaje al servicio de una potencia extranjera —me comunicó un oficial, mientras el camarero y otro soldado me encañonaban— será conducido a un campo de prisioneros.

— Absurdo —alegué— no hay pruebas.

El oficial esgrimió el documento que yo había rubricado bajo amenaza de tortura olfativa.

— Nosotros sabemos todo, señor mío.

— Pero las mofetas eran un partido legal, no una potencia extranjera.

—Toda la oposición medraba gracias al oro de los continentes —concluyó el uniformado, y se volvió hacia sus prosélitos— llévenselo. Yo tengo que detener todavía a cierto camello.

Bajando la escalera, el camarero le rompió el cráneo al otro soldado con la culata de su automática.

—No pregunte nada. Usted, infeliz, lleva cuarenta y ocho horas en Zoológica... muy pocas para integrarse. No se merece lo que viene. Recoja la ropa de este sujeto y piérdase. Yo diré que nos tomó de sorpresa.

—¿Para quién trabajas? —tuve que preguntar.

—Para la democracia —respondió con fervor— vamos, deprisa.

Me vestí de cerdo y escapé. Zoológica era un caos, así que logré escabullirme hasta el litoral. Me guiaba la sospecha de que, si bien la isla era prácticamente inalcanzable desde fuera, tendría que disponer de algunos buques propios para la pesca de altura. No me equivocaba. Di con un embarcadero al norte del sitio de mi naufragio; me hice de una canoa con velamen, la empuje al mar y remé furiosamente con un madero.

Cuando estaba a varios kilómetros mar adentro, pensé en Rodríguez. Quizás ya era cadáver, o prisionero de los golpistas; en todo caso, yo lo había abandonado sin intentar nada a su favor, sin ejercitar la solidaridad de la especie. Aparté aquel pensamiento incómodo. Lo importante era que me hallaba a salvo. Mucha gente me vio en el trayecto del hotel a la costa, pero nadie descubrió al humano fugitivo. A no dudarlo, el disfraz de cerdo había resultado bastante bueno.

LA FLECHA ROTA EN EL CARCAJ DE EROS

—No tienes que seguir —dijo suavemente.

—Oh, sí —replicó la niña— tengo que hacerlo. Para eso estoy aquí, ¿verdad?

Me dejé llevar, comprendiendo que de persistir en la negativa no conseguiría sino perjudicarla. La niña era bella y frágil, y expertas sus manos y su boca. Cerré los ojos hasta que todo hubo terminado.

—¿Cuántos años tienes?

—Once.

Me dijo que se llamaba Stella y que desde los ocho tenía ese trabajo. No quiso hablar más. Pronto llegaría un nuevo cliente, y no era cosa de confiarle sus recuerdos a cada tipo que se creyera dueño de un hermoso corazoncito.

—Te pareces mucho a mi hija —comenté al vestirme.

—Ah, ¿sí? ¿Ella es como yo?

No supe que responder a eso, de manera que busqué la salida. Me detuve en el barcito de la planta baja para tomar un whisky, que ordené doble y puro. A pesar de los climatizadores, el aire atufaba a esperma y flujos. Era difícil que oliera a otra cosa, si varias parejas entrelazadas se movían aquí y allá, y otra niña, un poco mayor que Stella, se afanaba entre las piernas del barman.

Afuera llovía. Hubiera podido tomar un taxi, pero lo que hice fue caminar sin rumbo fijo, al intermitente amparo de galerías y portales. A esa hora la calle y las arcadas estaban llenas de gente, Casi todos fornicaban, acababan de fornicar o iban a hacerlo. Millares de reclamos lumínicos sugerían opciones tentadoras y baratas, desde el **fast pleasure** hasta orgías programables, para quién no tuviese bastante con los apareamientos ocasionales en plena vía pública. Respecto a mí, cada vez que un transeúnte se aproximaba demasiado, me las arreglaba para escurrir el bulto en la primera callejuela.

Justo cuando cruzaba una avenida anchísima, la lluvia dio en arreciar. Todos los peatones desenfundaron sus paraguas; yo hubiera soportado el diluvio, y aun clamado por él. Sin embargo, la visibilidad disminuía, y pronto daba vueltas, desorientado, mientras los autos frenaban y sus conductores empezaban a incordiarme.

—Venga —dijo una mujer, asomando por la ventanilla de un Volvo cromado— lo llevo adonde vaya, o a un hospital, si es demasiado tarde.

—No puedo acostarme con usted —advertí— acabo de...

—No he dicho que quiera eso —me interrumpió— suba.

Obedecí. El interior del vehículo era fresco y mórvido, y la mujer al volante no tenía esa mirada hambrienta de sus compatriotas. De hecho, sus ojos daban al rostro una perenne expresión de ternura botticelliana.

—Le estropearé el tapizado.

Se encogió de hombros y me dijo que no tenía toallas, sólo algunos pañuelos de papel.

—Generalmente no llevo a nadie —comentó— pero usted no es de aquí.

—¿Cómo lo sabe?

—Oh, me ha dado dos buenas pistas. La primera es que ningún nativo que crea ser objeto de interés erótico se atreve a rechazarlo tan abiertamente.

—¿Y la otra?

—Por su olor —aseveró— usted huele a virgen.

Le pedí que me llevara al hotel. Cuando lo hizo, me quedé un rato parado a la entrada. El auto fue a la esquina, y regresó.

—¿Qué le pasa? ¿Es un adorador de la lluvia, o algo así?

—No, sólo pensaba ...bueno, que quizás me acepte un whisky.

Accedí. En el lobby, un tipo desnudo la tomó del brazo.

—Está conmigo —intervine— vamos a tener sexo ahora mismo.

El hombre la soltó, y fue enseguida a buscar otra presa.

—Gracias —dijo ella en el ascensor.

Quedamos en silencio hasta que el aparato se detuvo. Al salir, nuestro puesto fue ocupado por un gordo de apariencia eslava, sostenido por dos muchachos imberbes y afectados.

Mi pieza estaba decorada con collages eróticos, como probablemente todas las demás en el edificio. La mujer se dejó caer en el sofá; le pregunté si deseaba whisky de inmediato.

—Agua natural —dijo— nunca tomo otra cosa.

Le di lo que quería y fui a secarme y cambiarme de ropa. A la vuelta, me escancié un vino tinto, de cosecha reciente.

—¿Por qué me agradeció antes? Yo podía haberle dicho eso en serio al seductor del lobby.

—¿Ya ha olvidado lo que respondió en la calle, cuando me ofrecí a llevarlo? No fue muy halagador, pero sonaba sincero. Tanto como para denunciarlo.

Sonreí.

—Quizás me han venido deseos repentinos, y se vería obligada a complacerme, si no desea ser denunciada a su vez.

—Todos los hombres son transparentes —repliqué— usted, en cambio, parece tener algo más en la cabeza.

Tomé un buen sorbo de vino antes de seguir adelante.

—Es cierto. Se trata de asco y piedad, si quiere saberlo. Llevo tres días en el país, y creo que no resistiré mucho tiempo. Dios mío, también pienso en Stella.

Le conté que esa mañana, el botones me había insinuado que podía malinterpretarse el hecho de que yo no hubiera buscado compañía desde mi llegada. Para evitar sospechas, dijo, lo mejor era acudir a un sitio duro, como las Casas de la Infancia. Me dejé convencer, principalmente porque no tenía idea de lo que veras significaba el rótulo. En la Casa de la Infancia nos recibió una rubia vestida de enfermera, que, tras cruzar dos palabras con el botones, me condujo a un cuarto donde esperaba Stella.

—Al principio sonaba interesante —recordé— la tierra del Eros, un país sin prejuicios... Por eso quise visitarlo. Me advirtieron que los turistas debían someterse a las reglas vigentes, pero decidí que valía la pena. Nunca pensé que llegaran al extremo de prostituir a niñas de once años.

Rompí a llorar. Mi huésped me acarició la cabeza.

—Por eso me invitó, presumo. Necesitaba decírselo a alguien.

—Lo siento.

—No tiene que sentirlo. No es al único que le repugna este país.

La contemplé con escepticismo.

—Si hay algo que no soy, es una puritana. Pero me gustaría decidir con quien voy a la cama, y no que el primer tipo con que me cruce pueda subírseme encima en plena calle. Y están todos esos anuncios, y la televisión ... bueno, incluso los candidatos presidenciales fornican ante las cámaras, para demostrar su sentido cívico.

—Alguna vez las cosas debieron ser diferentes.

—Aún en mi niñez era diferentes. Había prostitución, y revistas duras, pero es así en muchos países que no han llegado a esto. Solo que quisimos ser los más, ¿se da cuenta? Cuando un político exagera el chovinismo diciendo que somos o seremos los más en algo, encuentra siempre quién se lo tome en serio. Para la gente que vivía del negocio, ese tipo de discurso no hizo sino abonar el terreno. Lo que era inmoral y tolerado se volvió moral y obligatorio. Ahora el sistema funciona con semen, y no puede volver atrás.

—Habrá otros que aborrezcan esta locura.

—Probablemente, pero el ciudadano común teme descubrirse. Además, está la Lotería de la Castidad.

—¿Qué es eso?

—Una válvula de escape. Todo el mundo puede comprar billetes, y al fin de mes se anuncian los números premiados. El premio, en este caso, es un documento que libera de la obligación de tener sexo a mansalva. En realidad no te fuerza a ser casto, sólo te da el derecho a una relación normal con la persona que elijas. No tengo que decir que yo nunca me olvido de comprar uno. Que tanta gente adquiriera billetes demuestra la existencia de un cansancio colectivo. Pero la trampa funciona, pues cada uno espera que su número resulta vencedor, y nadie piensa en grandes proyectos.

El vino se terminaba.

—Eres una mujer valiente...

—Ana.

—Ana.

Volvió a acariciarme la cabeza, con implacable suavidad.

—Has comenzado a tutearme, así que es mejor que me vaya. ¿Estarás bien?

Dije que sí y la acompañé a la puerta, y luego abajo, hasta su auto, para evitarle requerimientos importunos.

—¿Podría volver a verte? —pregunté, al ver que el cristal de la ventanilla empezaba a subir.

—Cuando llueva otra vez.

—Por favor. No lo hagas depender del parte meteorológico.

Me miró con una expresión dulce y triste. El cristal ya casi me tocaba la garganta.

—Si mañana aún lo deseas, espérame aquí a la misma hora —dijo al fin, con una sonrisa, y puso el auto en marcha.

Así apareció Ana, y así fue haciéndose imprescindible. En los días que siguieron, nos encontramos a menudo... cada vez más a menudo. Siempre en sitios apartados, donde no nos importunaran los reclamos lúbricos de sus compatriotas.

Teníamos que hilar fino para escondernos. Los copuladores callejeros no siempre se contentaban con una pareja; algunos exigían triángulos, cuadrados y otras figuras aún más complicadas, en las que importaba poco si uno daba o recibía, si se empalmaban dos mujeres o se machihembraban tres varones. Ante la más leve muestra de reluctancia, el demandante tenía derecho a buscar a la policía, que, en el mejor de los casos, solventaba el asunto fornicándose al incivil. En circunstancias más graves, la desobediencia se castigaba con la muerte por empalamiento.

No había límites a la expresión de la lujuria en el País del Eros. Los infantes eran educados en la metodología de esas prácticas que la decencia prefiere en latín, si no lo hacían antes los pederastas. El estilo arquitectónico en boga cundía la ciudad de edificios de corte fálico, de pabellones en réplica de vulva. Las monedas estaban ilustradas con viñetas de héroes o monumentos, como en otros sitios, con la salvedad de que, aquí, los héroes generalmente estaban encajados en los monumentos o los succionaban. La bandera del País lucía una gran encamada colectiva, rodeada

de estrellitas rojas. El gesto de saludo usual entre dos nativos no podría ser llamado en justicia dar la mano, sino más bien coger en la mano. Y ya se entenderá lo que era un discurso del presidente, si se imagina la forma de los micrófonos.

Mis encuentros con Ana, más que platónicos, eran asépticos. En el camino al lugar de la cita, cada uno de nosotros tenía que yacer con uno o varios individuos, y por esa misma razón preferíamos mantener la relación en un plano espiritual. Cada uno deseaba al otro, claro está, pues por más que se sacie el instinto, el cuerpo amado siempre se erige en promesa de placeres inéditos. Decidimos no tocarnos porque ese tormento era cuanto teníamos para demostrar la diferencia.

—Pronto se divulgarán los números premiados en la lotería —me dijo Ana una tarde— si esta vez me acompaña la fortuna, seré tuya para siempre, y nadie más que tú podrá tocarme.

—No tienes que esperar por eso. Puedo pagarte un boleto de avión y llevarte conmigo.

—En la práctica, sólo viajan los vencedores en la lotería —replicó ella tristemente— los demás se supone que cumplimos un deber social quedando a disposición de la lujuria ciudadana.

—¿Y yo? Porque si los extranjeros deben acatar las leyes del País...

—No esa ley. Mira, que un visitante se vea obligado a fornicar día y noche como un ciudadano de Eros, suele resultar muy atractivo para los turistas. Tú mismo lo sabías, y no te importó. En cambio, si salir les resultara tan difícil como a nosotros, nadie vendría, y se formaría un escándalo internacional. Hay una buena lógica detrás del asunto.

—Dios mío, eso significa que la única posibilidad que tenemos es esa desgraciada quiniela. Podrían transcurrir años...

Ana desvió la vista.

—Oh, por favor, no entiendas mal. ¿Debo esperar? Bien, esperaré. Yo te amo, Ana.

—¿Te casarás conmigo?

—Claro. Pero no aquí. No quiero que el primer borracho pueda tener a mi esposa sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Cuando salgamos del País, nos casaremos.

Ana y yo discutíamos con frecuencia. ¿Cómo no hacerlo? Sin embargo, cada día yo la amaba con más fuerza. Ella no era una mujer especial, pues todas lo son. Era una mujer que supo conservar su misterio en un estercolero diseñado para anular el último reducto del misterio. Especial, en todo caso, resultó mi suerte al encontrarla.

(Y estaba la soledad, que, como las cucarachas o el humo del cigarro, siempre persigue a quien intenta eludirla).

La noche en que serían anunciados los números de la fortuna, Ana y yo habíamos cenado juntos en mi pieza, y luego encendimos la televisión. Terminó un programa de corte científico, que reseñaba la vida sexual de una actriz nonagenaria con procaz minuciosidad; enseguida aparecieron los locutores, hombre y mujer, ambos desnudos. En tanto se sobaban mutuamente, con resultados cada vez más notorios, se turnaron para decir que en pocos segundos diez ciudadanos perderían por deseo propio uno de los derechos de que el País se enorgullecía con mayor razón. Sonaba como una estupidez colosal, y parecían creerlo de veras.

—Bla, bla, bla —observé.

—Cállate —dijo Ana— tengo una corazonada.

Después de la primera semana, la gerencia del hotel había empezado a mirarnos con suspicacia, y a enviarnos gente. No es que hubiera nada ilegal en que una pareja se mantuviera unida, sino en que no se abriera de cuando en cuando a configuraciones múltiples. Para no exacerbar sus sospechas, siempre los com-

placíamos. En esos casos bastaba una mirada entre Ana y yo para reafirmar nuestro amor, aunque uno o el otro, o los dos, estuviéramos ocupados con alguien. Sin embargo, en la noche de la Lotería nadie pensaba en fornicios, al menos, durante el tiempo que se tomaría el pregón.

Vocearon el primer número, el segundo...

—Nunca te pregunté cual era tu número —dije.

Ana ni siquiera me oyó.

Tercero, cuarto, quinto, sexto...

Ana se mordía las uñas, y con cada cifra se ponía más pálida. Yo experimentaba una angustia equivalente, o quizás mayor, por cuanto no tenía idea del momento en que habría que tocar el techo.

Séptimo, octavo, noveno...

Y entonces Ana gritó.

—El mío. Oh, sabía que no iba a fallarme. ¿Lo oíste? Es el día que nos conocimos...

Diez minutos más tarde hacíamos el amor. Por primera vez, como avanzada de lo que vendría, me sumí en el cuerpo dulce y firme de Ana. Ninguno de los coitos de oficio que enfrenté en el País de Eros tuvo el sabor y la vibrante calidad de aquella zambullida en un abismo de mujer. Y sé que ella sintió algo parecido. La entrega era el inicio de todo, era la verdad en la fábula. El número nos había devuelto el paraíso.

Cuando Ana se quedó dormida, permanecí un rato a su lado, mirándola con ternura infinita. Cada porción de su cuerpo era un universo para andar, para cartografiar y bautizar. Allí estaba todo, y mirándola, encontré la fuerza que buscaba.

A la salida del hotel, tomé un taxi. Gracias a Dios, el conductor no estaba de ánimos para escarceos. Me llevó a donde quise sin hablar una palabra, y mentalmente agradecí esa señal de que me guiaba la luz más pura.

Encontré a Stella en la misma habitación de la Casa de la Infancia.

—Toma —dije, extendiéndole el billete de Lotería que había robado de la cartera de Ana— aunque te resulte difícil creerlo, hay una vida mejor que la que llevas. Obtener este papel me ha matado un poco, pero a ti te salvará, y no necesito mayor recompensa.

Cuando gané la calle, empezaba a llover.

sed

Al principio, yo lo ignoraba todo acerca del país que se extendía al otro lado de las cúspides blancas. Los montañeses me hablaron de una sabana con un lago en el centro, del Gran Río que lo alimentaba y de tribus esquivas, guiada por chamanes. Eso no alcanzó a tentarme, así que mi propósito al descender al llano era tomar la vía más corta hacía las Tierras Feraces, en las colinas invisibles tras el horizonte. El único indicio curioso, que entonces no supe interpretar, me lo proporcionó un viejo mestizo durante la última noche en la cordillera.

—Hay figuras en el lago —dijo, y yo, que miraba con fijeza a una muchacha apartada del grupo, donde apenas valía el resplandor de la hoguera, pensé que desvariaba. Sin embargo, consideré de buen tono lanzar un graznido para indicar que sus palabras no se perdieron.

—A menudo se trata de líneas y manchas —añadió el mestizo, avivando los rescoldos donde empezaban a extinguirse— otras veces hay verdaderas figuras. Algunos dicen que contemplarlas significa la muerte. Es falso. Yo las he visto.

Busqué una fórmula que lo alentara a continuar, pero la muchacha se incorporó, me lanzó una mirada y se perdió en la oscuridad. Fui tras ella. De todos modos, el viejo ya se había dormido, entibiado por las llamas.

Al amanecer gané la sabana.

Las raíces de la montaña se extendían como las de un árbol viejo, y descendí un buen rato entre desfiladeros y gargantas barridas por ráfagas de hielo antes de hollar la piel del mundo. Después de tantas jornadas de nieve y viento, el calor en el valle se me antojó bendito. Cuando el sol llegó al cenit ya no estuve tan seguro. La mayor parte de mis ropas fue a parar al morral, engrosándolo hasta que su peso me mordió el hombro. La vegetación se reducía a huesudas gramíneas que me laceraron las piernas; la fauna, a insectos serrados y voraces. Consumí tres cuartas partes del agua de mi caneca en media jornada, cuando muchas harían falta para alcanzar el lago. De los nativos no se vislumbraba huella alguna.

En la tarde, la situación varió ligeramente. Arbus-tos, lagartos y conejos se sumaron al menguado catálogo de especies vivas; sopló una brisa húmeda, y el calor volvió a parecerme tolerable. Juzgando que pronto se descompondrían las provisiones que guardaba, improvisé una cena nutritiva; para hacerle honores, vacié la caneca. Si era menester preocuparme, ya lo haría por la mañana.

Y lo hice. Al abrir los ojos, lo primero que vi fue el cadáver de un lagarto, a unos centímetros. La temperatura me pareció aún más odiosa que la víspera. Tuve que inyectarme optimismo miembro a miembro para ponerme en pie y emprender la marcha. La lengua del reptil, disparada en agonía y reseca ya como una brizna de paja, no respondía por cierto a mi idea de un buen augurio. ¿Cómo diablos podía haber tribus allí?

El sol iba de nuevo a mitad del camino y yo estaba a punto de echarme a morir, cuando alcancé por fin una zona habitable. De hecho, habitada. Aquel discreto bosque no bastaba a disimular la aglomeración de chozas en torno a una plazoleta, y los individuos de deambulaban por ella no se ocultaron con suficiente premura para escapar a mi examen.

Según los montañeses, las tribus del lago eran huidizas pero no hostiles, no al menos con la gente de la cordillera. Hablaban una lengua similar, con escasos modismos, y no practicaban usos incómodos como la antropofagia o la esclavitud. Se entenderá entonces que yo me dirigiera con bastante aplomo al centro del poblado y saludara con locuciones montañesas a la delegación que salió a recibirme.

¿Qué clase de individuos era esos? Bueno, altos, magros, hirsutos, vestidos según una gama amplísima que comprendía desde casacas bordadas hasta monos de mecánico y botas de caña alta, todo resudado y descolorido. Uno, que se adelantó al resto, llevaba una bufanda y un turbio monóculo.

—Si eres un viajero, y has bajado de las cumbres blancas, te doy la bienvenida —dijo con encomiable civilidad— aquí son raros los huéspedes, y raras las ideas que tienen de nosotros. ¿Te atrae acaso la fama de nuestro país, o marchas más lejos, a las colinas?

Dije que iba a las colinas. Hubo murmullos en el grupo.

—La gente de las Tierras Feraces no nos agrada, y si en algo aprecias un consejo al vuelo, cambia de rumbo y de destino —advirtió el chamán, que eso sería— de todos modos, si vas allá pero no naciste entre ellos, no veo razón para rehusarte hospitalidad.

Me tendió un piezgo giboso, del que bebí sin vacilar el agua más dulce de mi vida.

—Agua de lluvia, la única que nos permitimos. Los árboles la recogen, nosotros la tomamos de ellos.

Aquello me pareció absurdo, pero no era el momento de hacerlo notar.

—¿Sabes, al menos, el nombre de la tierra en que te encuentras?

Dije que sin duda la llamaban el País del Lago.

—Eso es como llamar Volcán a un volcán, o Perro a uno de las colinas. Este es el País de las Imágenes.

De inmediato me vino a la memoria el viejo mestizo y su enigmática mención de las figuras del lago. No es que eso me aclarara gran cosa, pero empecé a pensar que me gustaría visitar el pequeño mar interior no sólo para admirar un panorama espléndido.

El chamán me condujo a un edificio de madera y pizarra, que con todo y su ruinoso empaque me pareció vagamente familiar. Casi la mitad del área habitable estaba ocupada por cestas y huacales; el resto contenía un catre infectado por la herrumbre, un armario decorado según el expediente de permitir que la pintura chorreara a su antojo por la superficie, dos sillas y la caja de un televisor, trasmutada en cantero de bonsais. Justo a la entrada había también un tonel de agua potable.

—Nadie te hará preguntas, pero tú puedes hacerlas —me dijo el de la bufanda— comerás con nosotros, en el refectorio. Si lo deseas, hablaremos mañana, antes de la Comunión.

Empleé las horas muertas en curarme las desolladuras y picadas de insectos, en beber y dormir. Me despertó el olor de la carne asada; el olfato me llevó en la dirección apropiada, y recibí un digno trozo de conejo, no menor que los dispensados a los aldeanos. Luego, sintiéndome razonablemente aliviado, eché el primer vistazo en torno.

Era un sitio raro. Quiero decir que un poblado de cincuenta chozas, en un oasis perdido en los eriales, debería ser muy funcional. Los edificios no tendrían que adoptar formas tan diversas, ni algunas actividades revelárseme tan espirituales. Lo menos que podía decirse de los nativos era que la uniformidad no marchaba con ellos. Algunos deambulaban sin rumbo inteligible, murmurando cosas sin sentido; otros contemplaban el cielo como románticos en funciones; aquellos bailaban un auténtico aquelarre. La vida resultaba quizás primitiva, pero de ninguna manera simple.

Y las muchachas eran muy hermosas, de una calidad bárbara y a la vez contemporánea de hermosura.

Con las primeras luces fui a ver al chamán. Lo encontré fácilmente; escuchaba a un tipo cubierto de barro, y su expresión me pareció mucho más sombría que la que mostrara a mi llegada.

—¿Malas noticias? —aventuré cuando hubo despedido al otro.

—Malas, y tristes. Pero basta con que yo me preocupe. ¿Vino de arroz? ¿Vodka?

El propio hechicero me escanció el vino. Aunque no hizo preguntas, le relaté mis viajes y mis motivos para emprenderlos.

—Para ti, este mundo es inevitablemente exótico. Sin embargo, se relaciona con el tuyo mucho más de lo que crees. Y el País de las Imágenes en particular. Los montañeses cuentan que somos huraños, pero la verdad es que ellos, y otros, rehúyen el contacto. Pues tenemos un motivo para vivir, una especie de religión, de ideología.

—El Lago.

—En efecto. Es mágico, bien que inofensivo. Depende de nosotros y viceversa. Es hijo del Gran Río que emerge en las Tierras Feraces, pero no tendría sentido si nosotros no se lo hubiésemos encontrado.

—Me gustaría verlo.

—Lo verás —sentenció— te he hablado ya de la Comunión. Es una ceremonia semanal que tiene el lago por escenario. Allí entenderás de qué se trata. Es posible que te haya traído aquí algo más que el azar.

Cuando salimos de la choza del brujo, todos los aldeanos estaban congregados en la plazoleta. Nadie puso objeciones al anuncio de que me sumaría a la caravana.

Marchamos durante una hora a través del bosque, encontrando otros grupos que llevaban la misma dirección. Por lo visto, el pueblo del valle estaba dis-

perso en un puñado de aldeas, pero compartía hábitos y liturgias: el mismo aire reconcentrado y ausente, idéntico eclecticismo indumentario, la misma fe en las virtudes del agua tutelar, envidiable don genético para producir hembras lozanas y vibrantes. Yo no miraba a ninguna, las miraba a todas.

En un punto, el chamán se adelantó para encontrarse con sus colegas de las tribus vecinas. Estaban a considerable distancia, pero aún así me pareció que a todos los vulneraba una inquietud gravísima. Quizás era ese el talante que requería la ceremonia, más no pude dejar de pensar en la entrevista de mi anfitrión con el mensajero enlodado. ¿Qué catástrofe ocurría, o estaba por ocurrir, más allá de la sabana?

Eramos multitud cuando el bosque cedió para revelar una inmensa hondonada caliza, no tan profunda como vasta, en cuyo centro espejeaba el Lago. Nos detuvimos, y advertí que en cualquier dirección las riberas aparecían cundidas de fieles. Todas las miradas convergían en el agua calma.

Y entonces vi las Imágenes.

Dios mío, ¿cómo describirlo? Colores y líneas, manchas y figuras ascendían a la superficie con el donaire de plumas o burbujas. Un momento antes, el líquido exhibía la tonalidad gris de los estanques llovidos; ahora, una eternidad de arcoiris rotos se recombinaba en formas aleatorias, fugaces, mágicas, anulando la variopinta muchedumbre de fieles en que me perdía.

¿Aleatorias? No; reconocí un diseño y luego otro. Creí comprender, me asusté, me rendí a la evidencia. Allí estaba la Gioconda, y la Jirafa Encendida, y el Nacimiento de Venus y la Casa Milá. El Lago era el museo del universo, y en minutos brevísimos reproducía cuanto ha pasmado a la raza, cuanto nos ha hecho emocionarnos y tomarnos las manos y preguntarnos cómo es posible. La belleza era la religión del pueblo de la sabana.

(Bueno, también estaban Hokusai y los primitivos haitianos. Y Mondrian y Le Corbusier, Bacon y Pollock

y Joseph Beuys. El Lago era más tolerante y menos eurocentrista que muchos críticos).

Los aldeanos, ahora con los ojos cerrados, proferían un sonido tan grave que no estoy seguro de haberlo escuchado realmente. Lo salmodiaron durante cierto tiempo, diez minutos tal vez, y a continuación las filas empezaron a clarear. Había presenciado, en su totalidad, la ceremonia de la Comunión.

Viví tres semanas en la aldea, y tres veces me uní a los peregrinos. El resto del tiempo lo pasaba encerrado en mi casa —que remedaba una obra de Lloyd Wright, la Casa de la Cascada, según acabé por descubrir— o vagabundeando por el bosque o admirando a las mujeres de la tribu. Pero con mayor frecuencia aún me reunía con el chamán.

—Quieren las supersticiones que la visión de las Imágenes sea mortal —me dijo una vez— cuando pocas cosas hay que prodiguen así la vida. Nosotros somos los elegidos para surtir de imágenes a los maestros de tu mundo.

—¿Te refieres a la Comunión? ¿Es esa la vía?

—Naturalmente. No afirmo que los artistas sean obtusos. Tienen el impulso creador, vacilan entre imágenes posibles. Si escogen la mejor, significa que hemos trabajado bien.

—No puedo creer que lo digas en serio.

—¿Qué otro sentido tendría el Lago? ¿Estarían ahí todas esas maravillas por otro motivo?

—Quizás no salen del agua, sino vienen a para a ella. Una galería o un almacén, que no una fuente.

—Entonces, ¿por qué están sólo las obras maestras? ¿Por qué no vemos los bodrios de tantos fracasados? ¿Quién los selecciona antes de venir? Las imágenes sólo emergen una vez por semana, y sólo en presencia nuestra. ¿No lo vez? Uno existe por el otro. El Lago es mágico y perfecto, como un manantial.

—El Lago se evapora.

—Sí —admitió tristemente el brujo— pero el Gran Río lo alimenta. Es él quien provee los ingredientes del milagro, mas el milagro se produce aquí.

Una tarde fui a ver el río. Caudaloso y claro, bajaba de las Tierras Feraces hasta la hondonada. Él había hecho el Lago. Me admiré de aquel mecanismo perfecto de aguas viajeras, aguas inmóviles y gente tocada por una misión. Después vi a varias muchachas desnudas y no volví a pensar en el equilibrio del mundo.

La de la sabana no era una nación de artistas, pero la coexistencia con las Imágenes les había sugerido la forma de sus edificios y la abigarrada variedad de sus vestidos. A muchos los convertía en pensadores, en admiradores trémulos de la maravilla. Soñaban despiertos, y eran felices y fanáticos.

En dos o tres ocasiones vi entrar mensajeros en la choza del brujo. Y he aquí que una noche supe al fin del peligro que amenazaba al País de las Imágenes.

—Despierta —me dijo el del monóculo— tienes algo que hacer.

Yo había ido tarde a la cama, atormentado por el deseo. En tres semanas no había podido decidir cuál prefería entre las magníficas hembras de la tribu. Ni siquiera conseguía identificarlas.

—Mañana —resumí.

—Tiene que ser ahora. Incluso debió ser antes —repuso el chamán— tomarás el camino de las Tierras Feraces.

Aquello me despabiló.

—Dame una buena razón.

El otro retorció la bufanda.

—El pueblo de las colinas se llama así mismo los Ingenieros. Son gente de industria. Construyen puentes, acueductos. Nos desprecian. He recibido informes terribles. Al principio me resistí a creerlos.

—¿Qué clase de informes?

—Piensan construir un dique, represar el Gran Río.

Me contó que los Ingenieros, sabiéndose dueños del manantial que vivificaba el lago, miraban a los del valle con arrogancia. Para ellos el mito de las Imágenes era una conseja más, una fábula. Su cultura se asentaba en la adoración de la tecnología. Necesitaban agua para los cultivos y las viviendas, y tenían agua corriente a mano.

—El Lago se secará —gimió el chamán— el terreno es poroso, y el sol muy fuerte. No habrá más Imágenes. No habrá más Arte.

Yo debía marchar a las colinas y sabotear el proyecto.

—Los espías aseguran que las obras han empezado ya. Mira, ellos no querrán oírnos, y si cruzamos la frontera en son de guerra nos destruirán, pues han diseñado y construido armas poderosas. Tú eres un viajero, un extraño en estas tierras. Te dejarán pasar. Si tienes éxito, enloquecerán y solo pensarán en reparar el dique. Escaparás, estoy seguro.

Fue así que tuve que ponerme en marcha para salvar el Arte. En la linde del bosque me esperaba una veintena de mujeres.

—Toma a la que desees —me dijeron— sabemos lo que quieres. Será un orgullo para la elegida.

Todas eran estupendas. Las estudié una a una.

—No puedo —confesé al cabo— ahora entiendo. Los hombres recogen agua de lluvia para beber y bañarse, pero ustedes van al río. Las he visto. Son como figuras en un lienzo; pueden provocarme una erección, pero no me atrevo a tocarlas.

En dos días alcancé las colinas, remontando el curso de agua. Me detuvieron en un puesto fronterizo: sufrí un breve interrogatorio, pero, como había previsto el brujo, me dejaron pasar.

Las Tierras Feraces merecían su nombre.

Yo había construido una especie de petardo con algo de pólvora, trapos y una cuerda que llevaba en el

morral. No tenía un plan definido, pero ahora creía en la magia del Lago, y sabía que el dique terminado significaba el fin de las Imágenes.

Durante la tercera jornada alcancé las obras malditas. Conseguí mezclarme con los obreros y encontrar los puntos más débiles del muro naciente. Si todo iba bien, la explosión causaría daños considerables, y tal vez obligara a los ingenieros a engavetar el proyecto, o lo retardaría hasta que el siguiente viajero cruzara el valle.

Esa noche me deslicé hasta la ribera y empecé a instalar la bomba. Fui sigiloso, más no conté con las linternas. Una patrulla me descubrió, y me condujo a la presencia del Ingeniero jefe.

—Explíquemelo —dijo.

Su oficina estaba atestada de artilugios y máquinas complicadas. Algunas pensé, podrían rivalizar con las mejores de mi mundo.

—Ya no tiene importancia —repuse.

—¿Que no tiene ...? Oiga, usted pretendía volar un dique que nos garantizará cien millones de metros cúbicos de agua al año. Agua. Por cierto, ¿quiere un poco?

—Bebo sólo agua de lluvia.

—Lo que usted diga. ¿Me equivoco al suponer que es un agente de los salvajes del valle?

—No son salvajes. Son los guardianes del Arte. Claro que eso es algo que un Ingeniero no entendería.

Se lo expliqué, de todas formas. Necesitaba canalizar la pasión y la rabia, el conocimiento de que no habría más Leonardos o Picassos. Me escuchó con atención, puede que con respeto. Al final sonrió.

—Permítame mostrarle los planos de la represa. Hice una mueca.

—No soy un tecnócrata. Ni quiero serlo.

—Por favor.

¿Qué podía importarme? Lo seguí hasta una mesa de trabajo. Encendió una lámpara. Desplegó los planos.

Dios mío, eran bellos.

PARQUE IDEOLÓGICO

Holgazaneé en Aztlán durante la primavera. Comenzaba el verano cuando, harto ya del rojo chocolate que manaba de las vasijas y los pechos de las mujeres, decidí embarcar en un pequeño mercante hacia cualquier destino. Al tercer día de viaje avistamos un buque de porte extranjero.

—Piratas —dijo el capitán— gente de muy pocos escrúpulos. Estamos perdidos. Si alguien quiere combatir, que lo haga. Yo voy a comer y emborracharme y dormir la siesta. Probablemente sea la última vez que pruebe el chocolate.

Alguien preguntó si iban a matarnos.

—Ojalá —respondió el capitán— pero la vida del pirata es económicamente inestable, así que la mayoría de esos cabrones gana un dinero extra con el tráfico de esclavos.

El marino llevaba razón. Los piratas embistieron sin parar mientras siquiera en la tenue resistencia organizada por algunos idiotas, y nos cubrieron a todos de cadenas. Fuimos a parar a la bodega, y durante cincuenta horas se olvidaron de nosotros. Al cabo, uno bajó y empezó a repartir mendrugos y sorbos de agua de una provisión evidentemente insuficiente.

—Eso no es justo —dije al ver que el filibustero se disponía a marcharse— deben alimentarnos a todos.

El pirata me miró de arriba abajo, subió a grandes trancos la escalera, regresó con dos compinches, y entre los tres me quitaron las cadenas y me llevaron a presencia de su jefe.

—Así que la distribución no era justa —citó el cabeceillo— ¿qué eres? ¿Cristiano? ¿Marxista?

—Estudíé marxismo cuando joven. Pero eso no tiene que ver...

El jefe miró a los otros, y todos se frotaron las manos.

—Vamos a ver, cítame el concepto leninista de materia.

Balbuocé algo acerca de una categoría filosófica para designar la realidad objetiva, que existe con independencia de la conciencia y en esta se refleja.

—Perfecto. Ahora define la ley del Valor.

El interrogatorio duró cosa de una hora. Respondí lealmente a cuantas preguntas pude, que fueron escasas; sin embargo, el líder de los filibusteros se mostraba cada vez más encantado, y al final llegó a pasarme el brazo por los hombros.

—Un marxista de buena cepa —evaluó— condúzcanlo adonde se merece, y sírvanle comida y bebida.

Mi premio fue una especie de camarote enrejado, donde languidecían ya otros dos reclusos. Antes de irse, los carceleros ejecutaron la segunda parte de la orden.

—¿Alguien desea? —pregunté, extendiendo la hamburguesa y la jarra de vino. Tenía un hambre que no habría calmado la producción semanal de hamburguesas en Los Angeles, pero juzgué prudente ganarme las simpatías de mis compañeros de cuarto. ¿O tendría que decir camaradas?

—Come mientras tengas con qué —dijo un tipo enfrascado en la operación de afeitarse el cráneo. El otro, sentado en la cama y vuelto hacia la pared, no parecía haberme escuchado.

Una vez que los víveres llegaron a destino, me presenté y conté mi historia.

—Supongo que ustedes también serán marxistas, o los habrán tomado por tales.

—Error —dijo el primer cautivo— yo soy fascista, y él es musulmán.

Retrocedí, sosteniendo en alto la jarra vacía.

—Calma —continuó el fascista— llevo quince días encerrado con un árabe que a cualquier hora cae en trance y localiza la Meca como una puñetera brújula. Comprenderás que si he tolerado eso, no voy a pelearme con un marxista que ni siquiera es un marxista completo.

No podría asegurar cuanto tiempo después de estos sucesos el navío tocó puerto. Ocurrió que una mañana nos sacaron a cubierta, donde ya esperaban unas cosas negruzcas y emaciadas que resultaron ser los sobrevivientes de la bodega.

—Por el Reich —dijo el nazi— ahora empiezo a ver claro, y no me gusta lo que veo. Esa ciudad allá enfrente, ¿la conocen?

El árabe y yo permanecemos en silencio.

—Van a vendernos en el País de los Infieles.

Durante el encierro yo había evitado cualquier familiaridad con el **skinhead**. Ahora, sin embargo, escuché con aprensión sus comentarios.

—Son gente absolutamente descreída; tanto, que tienen la fe por una curiosidad. La villa es Nihil, la capital de un Imperio poderoso que engulle cada día nuevos territorios y hace recular los credos hacia otras partes del mundo. Un marxista, un nazi y un devoto del Profeta son rara mercancía, y será por ello que los piratas nos apartaron del resto de los cautivos. Sospecho que exigirán buenos precios por nosotros.

—Sea lo que Alá disponga —dijo el árabe.

Alá dispuso que nos desembarcaran en esqui-fe aparte, y, en tanto el lote de adoradores de Huitzilopochtli era conducido al mercado público, mis

compañeros de celda y yo fuimos a parar a un tablado exclusivo, en un barrio de neón y palacetes. Durante el camino la multitud nos sobó y evaluó a gusto, enterada de nuestro cariz ideológico por las voces del pirata que marchaba a la cabeza. Al momento de subir a la tarima, ya nos seguía un mediano círculo de interesados.

No éramos los únicos prisioneros en venta. El grupito que poblaba la tarima nos vio llegar y cerró filas con sospechosa uniformidad.

—¿Quién es el marxista? —preguntó uno, sin el menor asomo de camaradería.

—Yo —admiti— pero, en realidad, hay un malentendido...

—Se le ve el dogma en la cara —opinó otro, y me dio un pisotón.

—Dejenlo en paz —odenó el primero— a estos es mejor ignorarlos.

El nazi avanzó con los brazos en jarras.

—¿Se puede saber con quién tenemos el gusto de compartir escenario?

El cabecilla lo miró de arriba abajo.

—Somos un lote de revisionistas de derecha —blasonó— y tampoco nos llevamos con cerdos como tú.

Las cosas hubieran empeorado si en ese momento no le hubiera salido comprador a los revisionistas. Un patricio fofó y ventrudo ofreció por la camada lo que debía ser muchísimo dinero, y los soldados los hicieron bajar. Mientras desfilaban hacia la escalerilla, algunos escupieron a nuestros pies.

—A veces siento ganas de ser un infiel —dijo el nazi.

—Todos ustedes lo son —acotó el mahometano.

A mí me compró una mujer hermosa después de una breve puja que, no lo ocultó, halagó mi vanidad.

—**Heil** —dijo el nazi. El árabe no se despidió; estaba vuelto hacia la Meca.

Mi dueña subió a una limosina, y al hacerlo se le abrió la túnica hasta las corvas. Uno de sus sirvientes

advirtió mi interés en la arquitectura local y me asestó un bofetón admonitorio. Después todos echamos a correr tras el vehículo, procurando mantener la formación. Yo aún conservaba los grilletes, y el efecto me recordó al de esas latas que los bromistas atan a la cola de los gatos y los enamorados.

Aunque sentía un determinado alivio ideológico por desembarazarme del fascista y el árabe, no puedo decir que mis nuevos conocidos me resultaran mucho más simpáticos. El patriciado de Nihil tenía en mi ama, a todas luces, uno de sus miembros de mayor riqueza y arrogancia, y en sus fámulos una cohorte de cretinos integristas. Preví que mis obligaciones como esclavo iban a ser duras, o en todo caso humillantes, algo como rebañar piedras de una cantera o bailar La Avanzada o cantar **Katiusha** a un cónclave de nihilistas beodos.

La ciudad era blanca y pulcra como un lavabo, y tenía el aire de aséptico refinamiento que deber ser común a las capitales de los imperios boyantes. La casa de mi dueña se parecía a las mansiones de los ricos pompeyanos, si en verdad lucieron como en los dibujos que pretenden reconstruirlas. La limosina se perdió en el garaje, y los criados, después de sacarme las cadenas, me escoltaron a un edificio al fondo, del que salían voces y ruidos.

—Aquí tienes a un nuevo correligionario —le dijo el austero sirviente a un hombre que se adelantó a recibirme— encárgate de ponerlo a punto.

El local se me reveló, a un tiempo, dormitorio y biblioteca. Una treintena de individuos dormía, conversaba o leía con placidez muy poco servil. Su aspecto no era en verdad el de trabajadores sometidos a explotación inhumana.

—Aquí todos somos marxistas —declaró mi anfitrión— es la especialidad de la casa. Los libros son buenos textos clásicos de nuestra causa. Bienvenido al Partido, camarada.

—Creí que, dada la hora, estarían enfrascados en faenas un tanto más rudas —comenté— cosas propias de esclavos, si me entienden.

El responsable sonrió, y otros lo imitaron.

—En el País de los Infieles, las tareas domésticas y productivas son asunto de los criados... como ese necio que te acompaña. Se trata de ciudadanos venidos a menos por delitos comunes. En cambio, a los esclavos sólo se nos exige el sistemático fortalecimiento ideológico. No nos necesitan para trabajar, sino para pensar, camarada.

Por increíble que parezca, el secretario del Partido —tal era su cargo— no me hacía pagar la novatada. Con el paso de los días fui comprobando que, fuera de participar en círculos de estudio y someterme a rigurosos exámenes teóricos, muy poca cosa se esperaba de mí. El ama de esbeltas piernas sólo quería mantener en buen estado la mejor cría de marxistas de Nihil, posesión la más preciada entre tantas.

Aquel estado de cosas tenía que ser una fachada. Una tarde, un compañero regresó de paseo con un ojo amoratado, y creí hallarme de una buena vez ante la primera manifestación de violencia de clase.

—¿Quién lo hizo? —preguntó el secretario, enfurecido— ¿uno de esos puercos musulmanes? ¿Un santón budista?

—No —dijo la víctima— en esta ocasión fue un nazi.

Como nuestra dueña, cada ciudadano rico tenía su propia colección de esclavos ideologizados. Importaba poco si se trataba de credos políticos o religiosos; mientras más exótico fuese el culto, más distinguido el propietario. Algunas familias habían logrado incluso reunir, a lo largo de generaciones, diez o doce ejemplares de facciones con nombres como Partido Obrero de la Verdadera Izquierda, Orden de los Caballeros de Alistair Crowley o Refundación Democrática de la Idea Suche.

—Esa provocación no quedará impune —vaticinó el secretario, y muchos aplaudieron— algún día los enfrentaremos en la Palestra.

—¿La Palestra? —repetí— ¿qué es eso?

Fue así que supe de un terreno al centro de la ciudad, una suerte de circo romano en que los amos hacían combatir de cuando en cuando a defensores de credos irreconciliables. Un mes antes, trescientos cristianos habían sido derrotados allí por un centenar de positivistas lógicos. Al escuchar esto, pensé que la verdadera faz de los infieles aparecía al fin, y era tan horrible como decadente. Esa noche la Crítica al Programa de Gotha me temblaba en las manos. Me consoló un tanto reconocer y admirar el valor de mis compañeros de espíritu.

Llevaba una semana de cautiverio, engordando y fortaleciendo mi preparación política, cuando el sirviente que me propinara el bofetón se materializó para anunciar que el ama exigía mi inmediata comparecencia.

—Ten valor —me susurró el secretario— mantente firme.

No tuve tiempo para rogarle que fuera un poco más explícito. El criado me indicó que lo siguiera, y lo hice hasta el garaje. Allí estaba la limosina, con la puerta abierta.

—Entra —dijo mi dueña desde el interior.

Obedecí. La mujer bebía champagne en una copa tallada, color granate. Sé que era champagne porque me invitó a beber con ella. Vestía a la moda cretense, si se ha de confiar en los frescos de Cnossos: falda larga, brazaletes, senos desnudos.

—¿Te gusta la comida griega?

—No sé —repuse— mi internacionalismo era más bien teórico.

En definitiva, me llevó a un restaurante en el centro, y no a la Palestra como había temido. Cenamos con largueza, nos escanciamos los mejores vinos del

universo, y bien entrada la noche regresamos a la casa e hicimos el amor.

—Me está gustando la vida de esclavo —comenté estúpidamente con el primer cigarro.

—Es raro que un marxista diga eso —observó ella. Dios mío, tendrían que haberla visto echada en la cama, bocabajo, con el rostro apoyado en las manos. Los Infieles eran refinadamente sádicos, pero llegado el momento sabían disimularlo.

—¿Te acuestas con todos tus esclavos?

—Tú eres el tercero. Considerando que colecciono marxistas hace veinte años, no creo que pueda acusárseme de promiscuidad. Una amiga mía posee ochocientos franciscanos y los ha seducido del primero al último.

—Ustedes son descreídos, pero no pueden vivir sin nosotros.

—Oh, sí podemos. Lo que ocurre es que la fe nos divierte. Y, teniendo dinero, cualquiera puede divertirse a su antojo.

—Entiendo que algunos credos les parezcan absurdos, y guarden el atractivo de lo exótico. Pero, conceptualmente, la fe es necesaria. El hombre siempre ha buscado un sistema para explicarse el mundo, para entender por qué vive y adónde va.

—Exacto. Y ha encontrado muchísimos, lo que demuestra que todos son falsos. Intercambiables. En esencia, lo que proveen los sistemas ideológicos se reduce a dos respuestas: a quién culpar, cómo obtener la absolución. El diablo, los judíos, los burgueses, los idólatras, ahí tienes chivos expiatorios. La Gran Obra, el acceso al Paraíso, la pureza de la raza, son proyectos magníficos, y por consiguiente el invocarlos justifica las peores atrocidades.

Me treparon a la garganta ciertos párrafos de Engels, pero volví a tragarlos.

—Ustedes no son humanos. Ni felices.

—¿De veras? —se burló— son afirmaciones interesantes, en boca de un esclavo con el miembro erecto.

Regresé al barracón al amanecer. El secretario me abrió la puerta.

—Proletarios de todos los países, uníos —lo saludé.

Durante el mes siguiente, el adusto criado vino dos o tres veces a la semana para conducirme a presencia de la dueña. El ritual se mantuvo inalterable, salvo en el hecho de que no volví a suscitar debates filosóficos post-coitum. Amé a la hermosa con rabia, con odio y fascinación, y en la biblioteca me consagré a las verdades del marxismo hasta sobrepasar en conocimiento al propio secretario. Lo hice en rebeldía, más no se me escapaba que con ello, paradoja irresoluble, me volvía un mejor esclavo, un juguete dócil de la Infiel. Ni siquiera pensaba mucho en la libertad, en esos tiempos.

Una mañana, varios camaradas encontraron a dos **skins** en un suburbio y los molieron a golpes. Después, no pasaba día sin que un grupo castigará al otro. Hasta que el secretario nos reunió para decirnos que al amanecer enfrentaríamos a los nazis en la Palestra.

—El cartel es como sigue: ellos pelearán con los musulmanes, y nosotros con los revisionistas de derecha. Los vencedores combaten después, y cierran el espectáculo. Claro, que las apuestas son por los nazis y por nosotros, para la primera vuelta, y por nosotros para la segunda.

—¿Qué armas?

—Espadas.

Nadie durmió esa noche. Improvisamos un campo de entrenamiento en las afueras de la barraca, y con tizonas suministradas por los sirvientes, nos ejercitamos hasta las primeras luces. Cuando un grupo se cansaba, iba adentro para continuar la preparación ideológica, pues los argumentos teóricos lanzados por uno y otro bando eran parte significativa del espectáculo.

A las siete, un bus nos condujo a la Palestra. La dueña acudiría después, en su limosina.

Yo estaba seguro de la victoria. No sólo por la justeza de nuestra causa, sino porque derrotando al enemigo demostraríamos a los Infieles que las ideas son armas temibles. Ningún descreído sería capaz de hacer lo que nosotros, y esa admiración y esa envidia serían el verdadero triunfo del Partido.

La Palestra era un enorme edificio rectangular de cinco pisos, con gradas y galerías. El cubículo que nos fue asignado resultó espacioso y hasta cómodo, y sustancioso el refrigerio. A las diez, millares de patricios atronaban afuera, clamando por acción y sangre.

—Golpeen duro, muchachos —dijo el secretario, y ese fue todo su discurso.

Cuando salimos a la arena, los espectadores chillaron. El secretario llevaba en alto una bandera roja, en tanto el líder de los revisionistas sacudía un blanco pendón al otro lado del campo. Inmediatamente después aparecieron los árabes y los nazis, con la media-luna y la cruz gamada.

—Los participantes en un combate tienen prohibido, bajo pena de tormento, involucrarse en el otro —advirtió un juez de campo a través de los altavoces— los cabecillas de cada facción, avancen hasta el palco imperial.

Lo hicieron. El juez lanzó una moneda al aire. A nosotros nos tocó enfrentar a los revisionistas en el sector izquierdo. Al saberlo, exhalamos un ¡hurra! tonante.

—Ahora, el saludo.

Ya nos habían advertido que la frase apropiada era la misma que usaban los gladiadores en tiempos de Roma, con la salvedad de que no se decía “Los que van a morir...” sino “Los que van a vencer”, pues el precedente histórico se le antojaba al Emperador innecesariamente pusilánime.

—Que venza el mejor —dijo el árbitro.

En diez minutos terminó la primera vuelta, y hay bastante poco que contar. Efectivamente, derrotamos a los revisionistas con espadas y razones, mientras los nazis masacraban a los árabes. Mi adversario personal resultó ser el mismo provocador que me injuriara el día que fui vendido. Nos reconocimos al unísono, pero su furia fue mayor que la mía, y, enceguecido, no alcanzó más que a tirarme un golpe.

Nos reagrupamos a la izquierda del campo. Teníamos algunas bajas, tres muertos y cinco heridos, pero aún así éramos veinticuatro. A distancia, se notaba que los nazis eran menos.

El secretario redondeaba la cifra de los que no podrían continuar combatiendo. Me acerqué a él cuando lo sacaban. Otros me siguieron.

—Bravo, camarada —dijo, poniendo la mano en mi hombro— te confío la bandera. Tú eres el nuevo secretario.

Hubo comentarios en las filas, pero nadie osó discutir con el héroe caído.

—Acabaremos con los **skins** —dije— y algún día los Infieles pagarán el habernos obligado a esto.

—¿Obligar? —rió el secretario— ¿quién dice que nos obligan? Ya te expliqué una vez que, salvo prepararnos ideológicamente, no nos imponen nada. Esta, como todas las batallas de la Palestra, es una iniciativa de los contendientes. Queríamos hacerles pagar sus provocaciones a los nazis, ¿no es cierto?

—Comienza la segunda vuelta —anunció el juez.

Volvimos a nuestra posición. Como secretario, tuve que ponerme frente a mis hombres, y mirar al palco imperial mientras repetíamos la frase de saludo. Entonces vi al ama. Estaba muy cerca del Emperador y agitaba la mano en nuestra dirección, y sonreía.

Lancé la bandera a la arena y eché a andar hacia el grupo de nazis.

—El cabecilla rojo, que vuelva a su sitio y recoja la tela —gritó el árbitro.

Ignoré la orden y apresuré el paso. Ya había descubierto lo que buscaba. El **skin**, mi viejo conocido, estaba en primera fila junto a sus compinches. Llegué hasta él y, antes de que pudiera reponerse de la sorpresa, lo abracé a la vista de todos.

El rugido de decepción de los Infieles hizo temblar las piedras del edificio. Todos los rostros enrojecieron, todas las voces expresaron su repulsa. Yo había arruinado el espectáculo.

Mis camaradas me gritaron traidor y quisieron lincharme.

Los soldados me expulsaron. Yo no era un verdadero marxista; por tanto, no servía como esclavo. Podían matarme, pero ninguno quiso hacerlo. El ama indicó que me arrojaran al camino. Me dieron dos días para salir del imperio.

El nazi contaminado corrió la misma suerte. A nuestras espaldas, la ciudad nos escupía.

—Podemos marchar juntos —ofreció, sin mirarme a los ojos.

—No entiendes nada. Yo te odio. Te odié siempre.

—¿Por qué? Tuve que matar a nuestro amigo árabe, pero él atacó primero. ¿Es por eso?

—Porque eres un cerdo nazi —dije, y me alejé a pasos rápidos.

LA RUTA DE LAS ESPECIAS

Digan lo que digan los marinos, seguramente es posible encontrar un par de explicaciones a un navío desierto, con las colillas aún humeantes y la cena tibia en los platos. La tripulación pudo lanzarse al agua, o ser atrapada desde el agua, o evaporarse en la canícula, y si uno llega justo al minuto siguiente, no veo yo razón para evaluar de extraordinario el suceso. Subir a bordo y hallar la cena mal condimentada, eso sí sería extraordinario. O por lo menos, negligencia del cocinero.

Un país abandonado, cuyos habitantes dejan comida guardada en los refrigeradores, es bastante más extraño. Yo visité uno que, atendiendo a las circunstancias y peculiaridades del abandono, podría merecer el pináculo de la rareza. Esto, y las huellas que dejó en mi espíritu, justifican el relato.

Ocurrió una mañana, en primavera. Mis pasos me llevaron a cruzar una estrada de piedras desvaídas, unos brezales cenicientos y un bosque; más allá, di súbitamente con un puesto de frontera. En la garita, a la que me aproximé curioso, dormitaba un guarda. Hice ruidos a sabiendas y lo desperté; dio un grito, tomó su escopeta y, lejos de encañonarme, se protegió la cabeza con el arma.

—Sólo estoy de paso —dije para tranquilizarlo. Mi aspecto era más bien pacífico, así que a no dudarlo,

me había topado con un vigilante especialmente pusilánime. Quizás había aceptado el empleo urgido por una familia numerosa y hambreada.

Esperé un rato, pero no conseguí que el guarda me respondiera. Con cierta piedad por una nación así desprotegida, y con un palmo de curiosidad por conocerla, franqueé la barrera mostrando la llaneza de quien nada oculta. En un aviso clavado a la garita leí el nombre del país, que prefiero omitir.

Durante las últimas jornadas había cruzado el País de las Putas, y luego un desierto de romero y canela bañado por un sol de rojo chile, así que mi deseo al acceder a territorio habitado no era otro que encontrar albergue y sosiego, y un manantial o pileta en que lavar las espesas fragancias del camino. El puesto fronterizo era obvia señal de asentamiento, y no dudé de poder ocupar esa noche una buena cama en la ciudad más próxima. Un kilómetro adentro alzóse ante mí la urbe prefigurada, anillando un puerto de aguas legamosas.

Ya en la carretera llamó mi atención la insólita ausencia de viandantes; supuse, quien sabe por qué, que celebrarían un festival en la ciudad y que era yo el único retrasado. Tal vez las flores de estación me sugirieron la idea. Ahora bien, a doscientos metros de los arrabales empecé a notar que tampoco en calles y ventanas se percibía signo alguno de actividad. Y mucho antes de alcanzar el centro urbano comprendí que sólo había cambiado un desierto por otro.

Recorrí perplejo una avenida que me condujo al corazón de la villa, detectando huellas de soberbia y estilo en fachadas y plazas. Algunos comercios parecían henchidos de mercadería, presta a derramarse como el seno constreñido de una ramera; otros eran bastante más parcos en oferta y color, oficinas antes que negocios. Aquí y allá apreciábanse trazas palpables de habitación reciente y éxodo no programado:

multas adheridas a los parabrisas de los autos, precintos sin mancillar, diarios y panes frescos en los mostradores, cines iluminados. Recuerdo haberme detenido ante el cartel de una semana de cine silente. Recuerdo bien la faz impávida de Keaton.

Después de tantos días de sensualidad exacerbada, mi ánimo no estaba bien dispuesto a elucubraciones, así que entré a una vivienda cualquiera, ignoré una foto caída en la mesa para no saber a quién usurpaba sus derechos, tomé algo del refrigerador —yogurt y un muslo de pollo, porque el resto del pollo faltaba— y me tendí en la primera cama, chica para un niño o un enano. Sin embargo, encendí un cigarrillo antes de dormir, y el humo forzóme a reflexionar. Había leído las causas que se aventuraban acerca del abandono de las ciudades mayas del Petén; vi de aplicarlas al caso presente. Una y otra vez tropecé con el mismo escollo: una guerra, una invasión, dejarían testimonios de violencia; una epidemia que decidiera a los pobladores a dejar sus predios tendría que haber adoquinado de cadáveres las calles; un terremoto o cualquier desastre equivalente signaría con su impronta cada espacio público. ¿Empobrecimiento de los suelos? Bueno, eso podría hacer emigrar a un maya de Tikal, pero no a una nación moderna. Por otra parte, ciertos hechos desencajaban en cualquier esbozo de reconstrucción: los fugitivos no se llevaron consigo sus riquezas; un guarda, al menos, protegía el territorio; el país y la ciudad parecían decorosamente disciplinados y prósperos. Me deslicé hacia fabulaciones con alienígenas y virus atomizadores, y ya en el umbral del sueño teoriqué acerca de un ejercicio punitivo emprendido por un Dios maduro.

Cuando abrí los ojos, había una escopeta apuntándome.

—No eres un turista —dijo el guarda— nadie hace turismo para ver edificios o volcanes, sino para relacionarse con los nativos. Así que debes ser un invasor.

Extendí las manos vacías.

—No tengo armas.

Me inspeccionó, husmeando como un faldero.

—¿Documentos tampoco, presumo? ¿Para qué viniste, entonces?

—Soy un viajero. Nunca escuché de tu país antes de que el azar me trajera a él. No busco nada. No intento nada.

—Pero no marchas con los ojos cerrados, ¿verdad? Y te preguntas adónde fueron todos, ¿no es cierto?

Asentí.

—Lo que yo digo, una especie de invasor —rezongó el vigilante— gente extraña. No sé por qué me sorprende.

Al cabo me invitó a desayunar en un café, al otro lado de la calle. La idea del desayuno estaba, para él, relacionada con el consumo desmedido de cerveza negra, directamente del tonel. Yo bebí un poco de leche. Huelga decir que éramos los únicos clientes, y que tampoco había empleados tomando las órdenes. Con todo, el viejo pagó: tres monedas azules sobre el mostrador.

—¿Cómo diste conmigo?

Me pareció que, absorto como estaba, no me había oído. Hasta el día de mi partida no sospeché que pude haberme equivocado.

—Puedes quedarte hoy —dijo al fin, y ni siquiera al concederme tamaña gracia apartó de la escopeta sus dedos nerviosos—, mañana has de seguir camino. No tienes documentos. Es mi responsabilidad.

—Nadie te pedirá cuentas —observé—, ¿a que temes, si todos han huido?

Entonces me explicó la historia. No era realmente muy viejo, pero ni un patriarca bíblico tendría tantas arrugas en torno a los ojos, los hombros tan caídos o manos tan elementales. Dijo llamarse Ángel, y lo creí.

Durante muchos años, dijo, viajar había sido una quimera para los nativos. Razones políticas, razones

económicas lo impedían. Era, curiosamente, la época en que más se hablaba de solidaridad, de pueblos hermanos allende la frontera, pero en verdad el mundo constituía un enigma y una amenaza, imágenes en los telediaris, relatos de los poquísimos enviados. Dos generaciones padecieron la sed por lo diverso, cimentaron el andamiaje de la fábula. Muchos tenían al extranjero por una criatura emparentada con elfos y dragones.

Un buen día cambiaron las cosas. Los pasaportes y los asientos de avión devinieron tan accesibles como los diarios. Las restricciones se esfumaron, el enigma sólo esperaba ser descifrado, la amenaza se disolvió, las razones fueron reformuladas a la inversa. Cualquiera pudo satisfacer sus sueños de aventura, y todos lo hicieron.

Al principio, los ciudadanos emprendían un viaje, regresaban y volvían a partir. Luego fue obvio que salía más barato conectar un destino con otro. Sin previo acuerdo, sin que nadie lo determinara, los nativos fueron retornando cada vez menos. Podían hacerlo, claro está, pero juzgaban una pérdida de tiempo y dinero venir a casa para volver a marchar enseguida.

—Todavía en fecha reciente uno podía encontrar gente en la calle— evocó el guarda— no muchos a la vez, pero algunos. Y mire, quizás ahora mismo haya dos o tres llegando o saliendo. Por mi puesto fronterizo no aparecen más, pero quizás por otros ... No hay forma de saberlo. Se da cuenta, no me reúno a menudo con mis colegas, y mi teléfono hace años que no funciona. A veces pienso que soy el único que permanece en su sitio.

Lo curioso era que el país no marchaba peor que antes. Simplemente, su continuo patriótico permanecía congelado, si por patria ha de entenderse todo aquello que no cabe en los bolsillos. En tanto, el componente humano se mezclaba con las multitudes en naciones

diversas. Y estas no venían de visita, pues nadie hace turismo para ver edificios o volcanes.

—Tampoco hay riesgo de invasiones. Los extranjeros temen venir, pues así desguarnecen su propio territorio, que ya está plagado de mis compatriotas. Es esa la razón de que me desconcertara tanto al verle llegar.

—¿Y el comercio? Ustedes no producen nada.

—Si he de ser sincero, antes tampoco producíamos mucho. Además, ¿para quién tendríamos que producir? Ahora la gente tiene acciones en empresas extranjeras, comercia con bonos y utilidades. El caso es que seguimos siendo un país activo, sólo que más allá de la frontera.

En resumen, el País de los Que No Están postulaba la paradoja de existir en ausencia. (Detalle significativo: en su idioma, que era el mío, ser y estar eran verbos diferentes). Nación soberana como pocas, su aplomo se levantaba sobre los resquicios de la lógica ajena.

Ya era casi mediodía cuando el guarda de voz irresistiblemente melancólica puso fin a su relación. Volvió a advertirme que debía abandonar el país al amanecer, y regresó a su puesto de vigilancia. Yo tardé más en salir del café. Lo hice, finalmente, a la hora en que el sol empezaba a enrojecer, a caer sobre el Desierto de las Especies convertido en una bola de salsa picante.

En mi casa, que no era la mía, vi por primera vez la foto de Ana. Quizás no se llamaba Ana. En realidad, fue el nombre que decidí asociarle. La noche anterior pasé por su lado sin escuchar su llamada desde el panel.

¿Debo decir que era hermosa? Claro que no. La hermosura de mujer sólo es obvia en las pinturas clásicas. Al sustanciarse la mujer, su belleza esquivo el consenso.

¿Debo decir que la amé de inmediato? Claro que no. No se ama a primera vista; se ama desde antes.

Con el orto fui a buscar a Ángel.

—Concédeme otro día —le rogué— he encontrado esta foto.

—La recuerdo —dijo, sin apenas mirarla ni mirarme— la he visto, como a todos. Pero no sé nada de ella, ni cómo se llama.

—Se llama Ana —afirmé.

Manoseó su escopeta.

—Otro día más —gruñó al fin— no tiene ningún sentido, pero está bien. Mañana te largas.

Fui de nuevo a casa y busqué información sobre Ana. Ni siquiera pude llegar a certezas cabales acerca de si vivía sola, si mi trofeo databa de una semana o veinte años atrás, si había estudiado Ingeniería o era su cuerpo, menudo como el de un niño o un enano, hermoso hasta donde mi imaginación lo dibujaba. Fallé también en encontrar algún indicio que me dijera dónde estaba o cuando regresaría.

Antes de dormir, introduje cola de carpintero en la cerradura y atranqué la puerta y las ventanas. Sabía que Ángel no iba a otorgarme más tiempo, y yo necesitaba obtenerlo. Quería permanecer a toda costa en el país del que todos se marchaban.

Amaneció y escuché golpes y manipulaciones en el exterior. Me puse algodón en los oídos para no ceder a los argumentos que Ángel pronto empezaría a desgranar. Sospecho, sin embargo, que durante el día las llamadas se repitieron.

Yo había cruzado el País de las Putas y el Desierto de las Especies. Me hubiera quedado a esperar por Ana, a soñarla mientras el planeta no se deshiciere como un pergamino reseco, aun sabiendo que la ausencia más intolerable es la de quien no sabe que alguien espera.

Cuarenta y ocho horas más tarde, Ángel cargó ostentosamente su escopeta con un cartucho explosivo, y depositó el extremo del cañón entre mis ojos.

—Te vas ahora mismo o me darán una medalla por repeler una invasión extranjera.

—Dame sólo otro día.

—Ni uno más. ¿Por qué habría de hacerlo? Me desobedeces, levantas una barricada, me obligas a perder tiempo buscando su punto vulnerable...

—Quizás Ana regrese. Dijiste que no era imposible.

Se sentó a mi lado, sobre la cama, a pulir su escopeta.

—Mira, te has encaprichado en una mujer del País de los Que No Están. Existe, vive, pero es un espejismo. Un espejismo con derechos ciudadanos. Ahora ejercita su derecho a viajar. Tú, en cambio, eres un intruso.

—¿Quién lo sabe, Ángel? ¿Por qué actúas como si nada hubiera pasado? ¿Por qué no te marchaste con los otros?

Había una mácula rebelde en un punto cualquiera de la escopeta.

—No importa quién lo sepa. Todos pueden regresar, aunque nadie lo hace. ¿Viajan, o han emigrado? ¿Qué diferencia hay? El mundo es ancho y ajeno, siempre quedará un país por visitar. Yo hago lo que tengo que hacer. Soy un guarda. Entiende que este país tiene sus leyes.

—Pero tú... esperas a una sola persona, ¿no es cierto?

Ignoró mi pregunta y volvió a apuntarme. Caminé con lentitud. Alcanzaba la puerta cuando lo escuché hablar de nuevo.

—Ana regresó hace dos días. No pudo entrar a la casa porque tú habías cerrado la puerta. Llevaba prisa, así que volvió a marcharse. Tal vez la encuentres por ahí.

En el Desierto de las Especies perdí la fotografía. Ahora condimento demasiado las comidas. El médico me ha advertido que puedo pescar una úlcera.

ÍNDICE

7	Los viajes de Nicanor
8	La secta de Prometeo
18	Salvajes
29	El turno de la esfinge
37	Zoológica
57	sed
67	Parque ideológico
79	La ruta de las especias

Este libro fue impreso en la RISOGRAPH
del Centro Provincial del Libro y la
Literatura de Ciudad de la Habana.
Año 2001
“Año de la revolución victoriosa
en el nuevo milenio”